BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

Curtis Garland

LA MAS EXTRAÑA MISION



COLECCION
LA HUELLA

CURTIS GARLAND

LA MÁS EXTRAÑA MISIÓN

Colección LA HUELLA n.° 76
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 7.882 - 1976
Impreso en España - Printed in Spain
Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)
1ª edición: abril, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

PRÓLOGO

Esto no podía terminar bien. Lo supe siempre.

A pesar de ello, he llegado hasta aquí. Hasta el punto en que ya es imposible retroceder, entre otras cosas porque intentarlo sería inútil. Y aun consiguiéndolo, no serviría de nada.

Estoy metido en todo esto hasta el cuello. Y lo malo es que sabía que terminaría ocurriendo así… y no hice nada por evitarlo. Es más, yo mismo me metí más y más adentro, aun estando convencido de que las cosas distaban mucho de estar claras, ni de serme favorables en modo alguno.

Ahora… ahora ya es tarde. Demasiado tarde para intentar cualquier cosa que no sea precipitarme directamente en el desastre.

Bueno, ¿y qué puedo hacerle ya? Que sea así, y al diablo con todo. Uno debe saberse resignar, llegado el momento, a pagar los propios errores cometidos.

Y mi gran error fue aceptar. Fue seguir. Fue creerme que todo podía ser tan bonito y tan fácil como en una película. La vida, desgraciadamente, no es una película. Y cuando se le pone el rótulo de «fin», no acostumbra a terminar bien, como ocurre en la pantalla, sea grande o pequeña.

El hecho es que ya importa poco lo que yo piense. El caos está aquí, conmigo. Alrededor mío. Noto que me oprime como un dogal de hierro, asfixiándome lentamente, hasta que ya no queda salida posible.

Si no hubiera aceptado…

Oh, está bien, dejemos eso. He quedado en que ya no se puede hacer nada. ¿A qué especular con lo que pudo ser y no fue? No todo ha sido malo en este juego, no, señor. No todo. Claro que fueron tan pocas cosas…

Pero las que lo eran, merecían la pena. Ya lo creo que merecían la pena. El dinero, el hermoso, crujiente y apetecido dinero, en

billetes tan nuevos, tan cuidados, tan bien empaquetaditos… El dinero… y ella.

Ella.

Sobre todo, ella. Desde luego que valía la pena. Quizá sea lo único que, realmente, me compense de todo este desastre. A fin de cuentas, ella es… otra cosa. Siempre ha sido otra cosa, entre tanta intriga, tanta felonía, tanta violencia y tanta crueldad gratuita como he conocido últimamente.

Me hubiera gustado conocerla en otras circunstancias. Llegar a ella de otro modo. Pero comprendo que eso hubiera resultado imposible, por otro lado. A fin de cuentas, ella no forma sino una de las múltiples piezas del *puzzle* siniestro en que me vi abocado, casi sin darme cuenta de lo que hacía.

Una pieza que, quizá, no encaja demasiado bien con las otras, pero que… ahí está. Con todo su significado. Con todo su valor.

Ya sé que ni ella ni lo que yo piense o sienta en torno a ella, va a cambiar en absoluto las cosas.

Voy a morir, a pesar de todo.

Y conmigo, van a morir muchas personas más. Y muchas más cosas. De mí dependía todo. Sigue dependiendo todo. Pero no puedo evitar lo peor. Ya no está en mi mano. Quizá nunca lo estuvo, realmente.

Se ha dictado sentencia. Y ésta es inapelable. Debo resignarme a esa idea, aunque nunca he sido una persona capaz de resignarse con nada. Sé que debería luchar. Sé que estoy obligado a hacerlo, mientras me quede un soplo de vida.

Pero ¿valdrá la pena, realmente?

En fin, ya sólo queda esperar. Esperar muy poco. Las cosas se terminan. Los acontecimientos se precipitan.

Mi extraña misión toca a su fin. Con el más espantoso de los fracasos, naturalmente. ¿Por qué diablos aceptaría yo semejante cosa? Fue una estupidez. Y supe que la cometía, apenas acepté la misión. Pero no quise volverme atrás cuando aún era tiempo, y allá, en el fondo de mi mente, parpadeó una luz roja, dándome el alerta. No quise hacer caso de nada de eso. Seguí adelante.

Y ahí comenzó todo. Todo lo peor para mí.

Confieso que, inicialmente, no fue tan desagradable, ni mucho menos. Es más, creí que hacía bien con aceptar aquella posibilidad

que se me ofrecía. Las cosas, vistas a distancia, resultan tan diferentes…

Sí. Entonces, la perspectiva era muy distinta para mí. O yo estaba ciego, o era idiota. O ambas cosas a la vez.

Pero lo cierto es que en aquel momento comenzó todo.

Justamente cuando acepté la más extraña misión que se pueda imaginar…

PRIMERA PARTE

LA MISIÓN «XZ»

CAPÍTULO PRIMERO

—¿La más extraña misión?

—Eso es, justamente, lo que dije. La más extraña que se pueda imaginar. Mi deber es advertírselo de antemano. Hasta hoy, en la historia del contraespionaje, jamás agente alguno ha recibido un encargo semejante.

—Me intriga, señor. ¿Tan raro es?

—Más que raro, insólito. Increíble, diría yo. Y, sin embargo, ésa será su misión. La que nadie podría sospechar, ni siquiera usted mismo. Cuando me la comunicaron a mí, pensé una sola cosa de ella.

—¿Qué cosa?

—Demencial.

Le miré. Torcí el gesto. Si eso era lo que él opinaba, era como para echarse a temblar. Conociendo a *sir* Hugh L. Aldriss, su comentario no era nada tranquilizador. Jamás había conocido a persona menos impresionable que él.

Quizá por eso siguió un largo silencio a su manifestación, mientras yo me frotaba la barbilla, pensativo, con la mirada fija en aquel enorme mapa de las Islas Británicas que ocupaba todo el alto y ancho de uno de los muros de su despacho, trazado con todo detalle, hasta los más nimios, en trazado orográfico, carreteras, ciudades, pueblos, aldeas, bosques e incluso caminos vecinales, todo ello realzado por la luz que resplandecía suavemente tras la superficie de vidrio en que estaba dibujado el mapa, con extraños y secretos símbolos adhesivos, de diversos colores y formas, superpuestos en algunas zonas. Lo que todos ellos significaran, sólo *sir* Hugh lo sabía.

—Supongo que deberé conocerlo antes de dar una respuesta concreta a su proposición, señor —comenté al final.

—No —negó rotundamente con su cabeza.

—¿Cómo? —Le miré, estupefacto—. ¿Quiere decir que no puedo conocer, ni siquiera a grandes rasgos, en sus detalles más superficiales, si cabe, la naturaleza de esa misión, antes de aceptarla?

—Exacto. No puede saber nada. Absolutamente nada de nada.

—¿Tengo que decir «sí» o «no», solamente con lo que usted me ha notificado hasta ahora? —insistí.

—Eso es.

—¿Ni un leve detalle, un indicio, algo sobre lo que pueda basarme…?

—Nada —sostuvo, imperturbable.

—Imaginemos… imaginemos solamente, que digo «sí». ¿Qué ocurrirá?

—Será informado inmediatamente de todos los detalles. Sabrá cuál es su misión. Y tendrá que hacer un solemne juramento de que jamás, bajo pretexto alguno, deberá usted repetir a nadie lo que le sea comunicado.

—Y… ¿si dijese «no», *sir* Hugh? —puntualicé.

—Entonces… —suspiró, encogiéndose de hombros—. Entonces, le daría los buenos días muy cortésmente, y le despediría, buscando a otra persona capaz de aceptar.

—Sí, lo suponía.

—Aunque, por supuesto, usted sería entonces conducido a un lugar muy especial… donde unos expertos en ciertas ramas de la Ciencia, se harían cargo de usted, tratando su cerebro de tal modo que, después de su tratamiento, usted no recordaría absolutamente nada sobre sí mismo, sobre su vida y su ocupación hasta el presente. Y, desde luego, mucho menos, sobre lo que aquí hemos hablado hasta ahora.

—Pero… ¡pero si no hemos hablado casi nada! —protesté, asombrado.

—Exacto. Casi nada —sonrió, glacial—. Ese «casi» es el que me preocupa. Absolutamente nadie debe saber, siquiera, que la misión existe. Que alguien la está llevando a cabo. ¿Se da cuenta, Serling, de lo que tenemos entre manos?

—Me aterra la sola idea de su trascendencia… —Me pasé una mano por la frente. La retiré húmeda de sudor—. Pero eso de… de borrar mi mente, de dejar en blanco mis recuerdos… es monstruoso.

¿Qué haría una persona, víctima de una amnesia semejante?

—Rehacer su vida con otro nombre, apellidos y oficio que nosotros le procuraríamos, en una etapa de readaptación. ¡No es tan monstruoso, Serling!

—Es abominable —resoplé—. Sería… sería como matar a Desmond Serling… para crear en su lugar a un ser completamente híbrido y artificial, un títere a gusto del Servicio Secreto, señor…

—Algo así —suspiró *sir* Hugh, mirándome con ironía—. Pero es más humanitario eso que eliminarle, procediendo a su ejecución, pongamos por caso.

Me estremecí. Ni siquiera hablaba en broma. Y si lo hacía, su tono era singularmente grave para sospecharlo. No se podía dudar de ciertas cosas. Todos los Servicios Secretos son iguales. En el campo del Espionaje o el Contraespionaje —eufemismos aplicados a una misma labor de zapa—, no hay «buenos» ni «malos». Todos son idénticos. Todos recurren a procedimientos similares. Ninguno tiene sentimientos ni humanidad.

—No me deja muchas alternativas, *sir* Hugh —dije mansamente, tras un silencio.

—No, no muchas —convino con una mueca que quería ser afable—. El asunto es demasiado trascendente para andarse con rodeos, Serling. Pude haberle ocultado todo eso, sin gran dificultad, pero he preferido ser todo lo crudo que la circunstancia merece. Entre otras cosas… porque me gustaría que fuese usted, precisamente usted, quien se hiciera cargo… de la que hemos dado en llamar «la más extraña misión»…

—¿Yo? —Estudié a *sir* Hugh, con muy dudosa complacencia por el relativo honor que con sus palabras me hacía—. ¿Por qué yo, señor?

—Muy sencillo —me miró, risueño—. Porque usted es, para ciertas personas, un perfecto desconocido. Y porque, entre otras cosas, si alguien llega a reconocerle, no será como un agente del Servicio de Inteligencia de Su Majestad, sino… como lo que realmente ha sido durante mucho tiempo: un peligroso criminal, un hombre al margen de la ley y de la sociedad. Incluso… incluso un hombre capaz de venderse por dinero o por una mujer. Y capaz de vender a su propia patria y a quien confiara en usted…

Sabía que no me gustaba que me eludiera de ese modo. Pero lo

hizo. Lo hizo con fría y demoledora intención, con una mueca casi cínica en su rostro de perfecto *gentleman* británico, capaz de estarle apuñalando por la espalda, sin perder la más obsequiosa de sus sonrisas, y saludando al mismo tiempo con toda cortesía.

—*Sir* Hugh, eso no tiene gracia —repliqué hoscamente—. Después de todo, no es mi culpa que usted…

—Lo sé, lo sé —me interrumpió con un suave ademán de su mano. Luego, hasta sonrió y todo, aunque no le vi intención de apuñalarme. No todavía—. Pero no me puede negar que, en cuanto se despoje usted de su bien cuidada barbita, se quite esas gafas oscuras y se desprenda el peluquín que cubre sus auténticos cabellos, cualquiera podría identificar su rostro como el del hombre a quien he mencionado: uno de los más miserables súbditos de Su Graciosa Majestad, en suma.

—Yo no elegí el rostro que tengo —protesté vivamente.

—Claro que no. Era mejor el suyo anterior, estoy de acuerdo —suspiró *sir* Hugh—. Al menos, era el suyo auténtico. El que sus padres le habían dado al nacer. Pero, personalmente, tampoco yo tuve la culpa de que aquel ácido abrasara su rostro cuando fue descubierto por los enemigos del cumplimiento de su misión. Había que darle un nuevo rostro. Y de gracias a los prodigiosos cirujanos que en la especialidad tenemos, que pudieron borrar las huellas del ácido, modelando, al mismo tiempo, un nuevo rostro realmente perfecto.

—¡Perfecto! —me quejé plañideramente—. ¿Es que no pudieron haber elegido la cara de Rock Hudson o de Paul Newman para modelármela, en vez de escoger la de un criminal sin conciencia, como Clifford Chasse?

—Para un agente especial, poseer el rostro de un criminal, traidor y sin escrúpulos, puede ser una gran ventaja. A fin de cuentas, no tiene usted familia. Ni esposa, ni hijos. Ni siquiera novia. Nuestros hombres no pueden tener una familia que dependa de ellos… ni de la cual tengan que depender, llegado el caso. De modo que un Desmond Serling fue cambiado por otro Desmond Serling. Y no es para quejarse tanto. El tal Clifford Chase había salido con bien de muchas situaciones desesperadas, gracias a su atractivo varonil, que seducía a cualquier mujer. Para usted, ahora, Serling, con su nuevo rostro, que todavía ni siquiera ha llegado a

estrenar en un servicio especial, se abren nuevas posibilidades, incluso en el terreno puramente afectivo. Y para un agente, la atracción sobre las mujeres, resulta a veces de vital importancia.

—Aún tendré que darles las gracias a usted y a sus cirujanos, por haberme proporcionado ese nuevo rostro, todo lo atractivo que usted quiera, pero abominable para un buen inglés que ame a su patria, y deteste el crimen y la violencia.

—En efecto, Serling. Tendría que estarnos agradecidos. Pero confío en que algún día se dé cuenta de ello y sea así.

—Suponiendo que antes no olvide todo eso, y pase a convertirme en otra persona para quien Clifford Chase sea tan desconocido como Desmond Serling —la recordé, irónico.

—Eso es cierto —me miró serio, sin la menor ironía en su semblante, ni en la penetrante mirada de sus ojos azules—. Bien, Serling. Estoy esperando su respuesta. Le ofrezco trabajar en la más sorprendente misión jamás encomendada a un agente secreto de Su Majestad. ¿Cuál es su respuesta? ¿Sí… o no?

Apreté los labios. A veces, su cinismo me resultaba indignante. Pero tenía que tragarme mi indignación. Él era el amo de aquella especie de *grand guignol* en que yo vivía inmerso, desde que tuve la peregrina y estúpida ocurrencia de hacerme agente secreto para servir a mi patria. Él manejaba los hilos de todos nosotros, los títeres de su mundo de ficción, capaz de influir tanto en el mundo real del exterior.

—No sé por qué me lo pregunta, señor —dije con mal reprimida ira—. Usted sabe muy bien, de antemano, cuál ha de ser mi respuesta…

—Aun así, prefiero escucharla de sus labios —sonrió.

—¡Sí, maldita sea! —grité—. ¡Sí!

CAPÍTULO II

Ya estaba hecho.

Había aceptado. No podía hacer otra cosa. Eso, o volver a empezar una vida diferente, la vida de un hombre sin recuerdos, con un nombre distinto, con la mente en blanco, tras el misterioso «lavado de cerebro» en un centro secreto del *Intelligence Service*. Y nunca mejor empleado ese término. Sería un «lavado» completo. Absoluto.

No me satisfacía la perspectiva de dejar de ser yo mismo. Ya había pasado por otra ingrata experiencia, como era la de perder mi físico para obtener otro, producto de los bisturíes e injertos de los especialistas en cirugía plástica. Y mi nuevo rostro seguía sin ser de mi agrado en cuanto me despojaba de mi peluca, de mis gafas y barba, y contemplaba la faz de un hombre que había sido asesino, traidor, falsario y cuánto de malo puede ser un individuo. Un hombre llamado Clifford Chase, cuyo destino actual era un completo misterio para todo el mundo. Sólo unos pocos sabían que había muerto. Y muchos menos sabían cómo murió. Sobre ese tema, mi jefe, *sir* Hugh L. Aldriss, hubiera podido ser bastante explícito, si alguien le hubiera querido preguntar… y él hubiese estado capacitado para responder.

Pero ahora, tenía que pensar en otras cosas. Yo había dicho «sí» a su proposición. Y eso implicaba automáticamente hacerse cargo de una misión insólita y misteriosa, cuya naturaleza me intrigaba y preocupaba.

—Es «la más extraña misión» imaginable —había dicho *sir* Hugh. Y él nunca se sorprendía por nada. Su añadido, al calificarla, era lo más inquietante para mí—: Demencial.

Demencial…

¿Qué clase de misión me aguardaba? ¿Tendría que dinamitar el Kremlin? ¿Secuestrar a Mao Tse Tung? ¿Robar el oro de Fort Knox y

las minas de diamantes de Sudáfrica? ¿Ser el primer agente secreto que viajaría al planeta Marte?

Todo eso sí era demencial, claro. Pero sabía a ciencia cierta que estaba exagerando las cosas, al imaginarme absurdos semejantes. ¿Lo sabía? Lo creía, mejor dicho. Y mis creencias, por una vez, estuvieron muy lejos de la realidad.

Porque la extraña misión asignada, fue todavía más fantástica. Más absurda. Más inverosímil y enloquecedora que todo eso.

No creo que pueda olvidarlo jamás.

No. No olvidaré el momento en que *sir* Hugh, tras servir dos panzudas copas calientes, de excelente *brandy* francés, me miró, pensativo, con una rara luz en el fondo de sus azules pupilas, y me dijo escuetamente:

—Mi querido Serling, va usted a saber ahora cuál es la asombrosa misión que espero sea capaz de cumplir. Antes, tome un sorbo de este buen *brandy*… Le ayudará a digerir la noticia.

Le obedecí. Tomé un trago. Era inmejorable.

Luego, me quedé mirándole. En silencio.

El me miró también a mí. Respiró hondo, como si tomara aliento, antes de decir lo que tenía que decir.

Después… me lo dijo.

Me lo dijo.

Ya estaba. Ya me lo había dicho.

Le miré, atónito, sin dar crédito a mis oídos. Sentí que se helaba la sangre en mis venas. Sin embargo, mi corazón y mis sienes palpitaban con más fuerza.

—No… —susurré—. No es posible…

Asintió. Muy despacio. No sonreía siquiera.

—Sí, Serling —dijo—. Es posible. Ésa va a ser su misión.

Yo sabía que no bromeaba. Era demasiado responsable para ello. Pero tampoco era fácil admitir como razonable lo que acababa de decir. Yo creo que me había preparado para escuchar cualquier cosa. Cualquier cosa… menos eso.

—No lo entiendo —confesé, moviendo la cabeza.

—Yo tampoco lo entendí al principio. Quizá ni siquiera lo entiendo ahora. Pero hay que aceptar las cosas como son, por extrañas e inconcebibles que nos parezcan.

—Yo acepto lo más raro, señor. Creí hasta hoy que no había

nada capaz de sorprenderme, pero… pero eso… es demasiado.

—Tuve su misma reacción, Serling, cuando me fue encomendado el asunto.

—¿No cabe la posibilidad de… de una falsa información?

—No.

—¿Un error…?

—No —sus negativas secas, rotundas, eran como mazazos sobre mi cerebro. Cuando él se mostraba tan seguro, es que no había confusión posible. *Sir* Hugh era un hombre que tardaba en aceptar algo como cierto. Las evidencias tenían que ser abundantes. Indiscutibles.

Aun así, mi razón se negaba a admitirlo. Algo se rebelaba dentro de mi ante lo que no tenía sentido aparente alguno. De haber sido otro mi interlocutor, hubiese reaccionado casi violentamente. Enfurecido por lo que hubiera juzgado una burla.

Pero *sir* Hugh L. Aldriss era algo más que la cabeza visible del *Intelligence Service*. Era, además, un hombre firme, seguro de sí mismo, duro y hermético como pocos. Y nada dado a bromear, cuando se hablaba del trabajo de su departamento.

Evidentemente, mi hosco silencio de ahora, le preocupaba, aunque comprendía las causas de mi reacción ante todo aquello. Antes de que yo hiciera algún otro comentario, él expuso algo con tono amistoso, casi cordial. Cosa rara en él, ciertamente:

—No puedo reprocharle lo que le ocurre, Serling. Es cosa de locos, lo sé. Me costó mucho ser convencido. Y no hablemos del ministro del Interior… Aún recuerdo su cara de estupor, cuando tuvo la prueba ante sus ojos. Hasta entonces, lo cierto es que no se lo había llegado a tomar en serio.

—De modo que… existe una prueba —murmuré.

—Existen varias, Serling. Todas ellas dignas de crédito, se lo aseguro. Y usted me conoce bien. No me dejaría llevar por una serie de estúpidas apariencias. En este puesto mío, hay que tener la cabeza muy firme sobre los hombros, y no dejarse sugestionar por nada ni por nadie.

—Lo sé, señor. No necesita decírmelo. Creo conocerle muy bien, en ese sentido cuando menos.

—Por tanto, sobran las especulaciones, amigo mío. Ya conoce la verdad del asunto. Ya sabe cuál es su misión concreta, expuesta en

sólo unas palabras. Imagino que necesitará amplios informes que justifiquen lo que usted ha oído aquí hace unos momentos…

—Por supuesto, *sir* Hugh. Trato de explicármelo de alguna forma… y no lo consigo.

—Sería usted algo más que un genio, si eso le hubiera sido posible —respiró con fuerza el jefe de mi Departamento del Servicio de Inteligencia de Su Majestad—. Venga conmigo. Va a conocer algunos de esos datos. Va a ver ciertas pruebas. Luego… discutiremos el caso, juntos. Y sabrá usted por dónde hay que empezar…

Se puso en pie. Le seguí. Una puerta disimulada, tras unos cortinajes, nos condujo a una segunda estancia que yo conocía ya. Era una pequeña cámara para proyectar películas, fotografías ampliadas o diapositivas. Observé que no nos esperaba nadie, a diferencia de otras ocasiones similares. Si iban a proyectar algo, sería el propio *sir* Hugh quien lo hiciera.

Notable. Eso sólo significaba algo: excepcional. Por tanto… *top secret. Affaire* estrictamente confidencial. No era para menos.

—Siéntese, por favor —me pidió—. Va a ver algunas cosas, mientras yo le hago un relato minucioso, que tengo aquí preparado, escrito por mí mismo, en la forma más escueta y precisa posible, para no perder demasiado tiempo, ni llenar su mente de datos y cifras. Tenga en cuenta que deberá memorizarlo todo, escuchándome primero a mí, y luego una grabación magnética que haremos de esta sesión… y que será destruida antes de que pueda salir de esta cámara.

Puso en marcha un magnetófono de alta sensibilidad, provisto de su *cassette* de ciento ochenta minutos de duración. Noventa por cada cara. Pensé que me esperaba una agotadora sesión informativa. Pero debía mantener alerta mis resortes mentales. Sobre todo, mi memoria, entrenada para circunstancias semejantes. Un espía al que le falle la memorización de datos, es hombre perdido.

—Muy bien —suspiré, sentándome en una butaca, frente a la pantalla plegable, que él extendió, con un movimiento seco de su mano. En esos momentos, creo que mi mente estaba tan en blanco como la superficie de la pantalla donde *sir* Hugh iba a proyectarme imágenes relacionadas con aquel caso inaudito. Encendí un

cigarrillo emboquillado, y esperé, comentando, con indiferencia sólo aparente—: Todo a punto. Mis resortes mentales funcionan a presión, señor. Espero los informes.

—Procure que sea así. Lo que va a ver y oír es tan pasmoso, que puede que distraiga en exceso su imaginación, y le aparte de la fría trayectoria exigida a nuestros hombres, en casos parecidos.

—Lo tendré muy en cuenta —asentí—. Puede seguir, *sir* Hugh. Para mí no van a existir en los siguientes minutos más imágenes que las que usted proyecte, ni más sonidos que los que emita su garganta.

—Hará bien. Es la mejor manera de enfocar inicialmente el llamado «Caso XZ».

—«Caso»… ¿qué? —Giré la cabeza hacia él, mientras montaba unas diapositivas misteriosamente guardadas hasta entonces en un envoltorio, dentro del bolsillo de su chaqueta.

—«XZ» —dijo, con una sonrisa sardónica—. Suena a película barata, lo sé. No es culpa nuestra. La mentalidad actual no está sincronizada con la de hace algunos años. Entonces, les era más fácil recurrir a claves estúpidas como ésa, aunque su significado real fuese tan terrible, tan diabólico como lo es en este caso… Nosotros no bautizamos el arma letal de que voy a hablarle, con el ridículo nombre de «XZ». Ya lo llevaba anteriormente. Alguien se lo puso, hace de ello treinta años…

—Treinta años… —murmuré, pensativo. Esa distancia en el tiempo me trajo muchas otras ideas a mi mente. El cálculo era fácil. Ya lo había hecho yo con anterioridad, apenas supe la clase de misión que me aguardaba. Aun así, moví la cabeza, anonadado—. Dios mío, sigo sin poder creerlo…

—Veremos lo que me dice usted, cuando terminemos esta sesión, Serling —me respondió secamente *sir* Hugh, poniendo en funcionamiento el proyector—. Ahora, atienda…

Y acercando su boca al micrófono del magnetófono cercano a él, comenzó con voz firme:

—«Caso XZ»… Primer informe…

Yo le escuchaba. Pero él tenía razón en algo. Apenas si le prestaba atención. Mi mente era, en esos momentos, un torbellino de ideas dislocadas, de sensaciones diferentes. Su voz era sólo un sonido de fondo incongruente.

Me resultaba más fácil recordar sus palabras anteriores, aquéllas con las que me anunció la clase de tarea que aguardaba. Y su insólito, increíble naturaleza:

—La más extraña misión jamás asignada a un agente de nuestro Servicio de Inteligencia, Serling… —había dicho *sir* Hugh entonces—, es precisamente ésta, estoy seguro de ello… Usted, fíjese bien, USTED… ¡HA DE IMPEDIR QUE ADOLFO HITLER DESTRUYA INGLATERRA!

CAPÍTULO III

Miré la hora de mi reloj al comenzar la proyección comentada.

Eran exactamente las dos de la tarde de un nublado y triste día de febrero. Pero allí dentro no importaba demasiado eso. Ni siquiera se adivinaba la luz del día. Eran las dependencias privadas del *Intelligence Service*, Departamento de Contraespionaje y Seguridad. Situadas en lugar seguro, lejos del exterior.

Pero yo sabía que estaba nublado, que hacía frío y que Londres ofrecía su más tristón aspecto, aquel día. Llegando al edificio en mi coche, había pensado en ello varias veces, casi con melancolía, recordando mi reciente misión en los trópicos. Pero Londres era Londres, y había que aceptarlo como era.

De lo que no había duda, es que mi reloj funcionaba perfectamente. Las dos de la tarde. Mi calendario, también. Febrero de 1975.

Sí. No había error. 1975. No estaba viajando por el Túnel del Tiempo. Ni me encontraba en los años cuarenta, mientras Europa era azotada por la furia bélica, y la poderosa bota nazi pisoteaba la libertad de tantos pueblos ocupados…

No. Era 1975. Habían pasado más de treinta años de la gran pesadilla. Una pesadilla que yo ni siquiera había llegado a vivir. Nacía posiblemente yo, cuando se derrumbaba el gran sueño del Tercer Reich.

Y sin embargo…

Sin embargo, allí estaba aquello. La misión. La increíble misión.

Ahora, en 1975, *sir* Hugh afirmaba que era preciso impedir que Adolfo Hitler destruyese Inglaterra.

Un hombre muerto treinta años atrás. Un poderío extinguido en el tiempo y en la Historia. En tiempos de paz. O, como máximo, de «guerra fría» con el Este, ya fuesen los soviéticos o los chinos de Mao.

Y, de repente… Inglaterra corría peligro de ser destruida. Por Adolfo Hitler.

Trataba de no pensar en todos esos absurdos, mientras caminaba hacia el siguiente punto en la pasmosa peripecia: conocer, a través del informe de *sir* Hugh, la verdad completa del caso. De aquel caso digno de dementes y de alucinados. Pero no de personas responsables, a cuyo cuidado se hallaba nada menos que la seguridad de Gran Bretaña.

—Vea estas imágenes, Serling —oí hablar a mi jefe pausadamente, mientras se apagaban las luces de la pequeña salita, y comenzaba el zumbido monocorde del motor de proyección. Un rectángulo blanco en la pantalla fue pronto invadido por una serie de sombras grises y negras. La fotografía era vieja y borrosa. Pero adiviné lo que eran aquellas ruinas: Berlín, 1945. La voz de *sir* Hugh me lo confirmó. «Así encontraron los aliados la capital del Tercer Reich, en la primavera de 1945, Serling…». Pude ver allá al fondo el edificio de la Cancillería. Debajo, en el último bunker, estaba el escenario del último gran drama de la Segunda Guerra Mundial.

—Recuerdo todo eso —dije, cáustico—. Tengo en casa una Historia de la Guerra, señor.

—No se haga el gracioso, Serling. Lo que va a ver en esta pantalla es de suma importancia para nosotros. Piense que, para la Historia y para cuántos ahora vivimos, ahí, en esas ruinas, se enterró el gran misterio de aquella guerra. ¿Murió, realmente, Adolfo Hitler?

—Creí que eso estaba comprobado.

—Sabe que nunca se comprobó a ciencia cierta. Hay testimonios presenciales, sí, pero ¿de qué nos sirven? Eran sus leales los que le rodeaban. Los que vivieron esas últimas horas a su lado. Si su *Führer* les hubiese pedido que jurasen por sus vidas haber visto enterrar o incinerar su cadáver y el de Eva Braun, ¿no lo hubiesen jurado inmediatamente, sin la menor vacilación, y luego hubieran sostenido ese juramento hasta la muerte, sin revelar jamás la verdad de lo sucedido?

—Sí, es muy pasible —me vi obligado a aceptar, mientras una nueva diapositiva ocupaba en la pantalla el lugar de la anterior.

Esta vez, era el rostro mismo del gran dictador. En uno de sus apasionados, ardientes discursos ante las masas nazis, con la

esvástica como fondo, ondeando al aire de un gran estadio deportivo berlinés. Lo examiné sin mayor interés. También ese rostro me era harto conocido, a través de toda clase de reportajes, filmaciones y fotografías. Por ahora, la sesión de proyecciones no me aportaba nada nuevo.

—Los hechos concretos son éstos, Serling —prosiguió *sir* Hugh—. Fíjese bien en el rostro, en cada detalle de este hombre, porque quizá más adelante, si tiene suerte en su misión, va a necesitar recordar los rasgos uno a uno, los tics nerviosos, los gestos, ademanes, la voz y todo cuanto caracterizó la personalidad misma de Hitler. Se le proyectarán películas cuyas filmaciones han sido perfeccionadas por técnicos de nuestros laboratorios para una mayor nitidez de la imagen, y con ampliaciones lo más detalladas posible, en las que cada gesto y cada ademán del Führer no le pasen inadvertidos, y lleguen a hacerse familiares para usted.

—Sí, señor —asentí—. ¿Se trata de que descubra a un suplantador?

—No, Serling. Por increíble que le parezca… no hay suplantador.

—Pero usted ha dicho…

—Yo he dicho que lo observe todo minuciosamente. Pero le anticipo algo: estamos ante un hecho aparentemente imposible. No obstante, le dije la verdad. Inglaterra está en peligro. Va a ser destruida, comenzando por la ciudad, toda, de Londres. Ello sucederá en poco espacio de tiempo. Estaba fijado que sucedería, en el caso de que Hitler perdiese la guerra. Y la perdió. Por tanto… va a suceder.

—Eso no tiene sentido. ¡Hitler tendría ahora ochenta y seis años, si viviese! —protesté vivamente.

—Eso es. Veo que conoce bien su fecha de nacimiento: veinte de abril de 1889… Braunau, un pequeño pueblo en la frontera de Austria y Baviera… Allí nació el que, andando el tiempo, haría temblar a Europa sobre sus cimientos, y casi la aniquilaría por completo. Sí, Serling. Ochenta y seis años. No es imposible vivir a esa edad, mucha gente sobrepasa los noventa años, con perfecto estado físico y mental.

—Lo sé, señor, pero… me resulta muy difícil admitir que Hitler viva… y que ahora, a tan avanzada edad, pueda constituir un

peligro para nadie… Si hubiera sucedido lo más insólito y él viviese… lo más probable es que, como Eichman y otros así, ahora estaría disfrutando de una vejez lo más tranquila posible, bajo nombre supuesto, en algún lugar de Brasil, pongamos por caso.

—Pues no es ésa la situación, por desgracia para nosotros. Si no… vea el documento, Serling.

—¿El… documento?

—Es el original. Lo obtuvieron nuestros servicios secretos, durante la Guerra Mundial, y pasó a los archivos confidenciales del Gobierno, no hablándose jamás de ello, por considerarlo completamente absurdo, y fuera de lugar. En realidad, se pensó que no era sino un sueño nazi más, de los que jamás se cumplieron. Como la bomba atómica, la invasión de Inglaterra o el bombardeo de Nueva York… Pero vea. Vea el documento. La diapositiva es muy nítida. Y creo que sabe el suficiente alemán como para leerlo sin necesidad de traductor…

Sonreí. *Sir* Hugh sabía que, entre mis conocimientos lingüísticos, el alemán, el ruso, el francés y el español eran los más perfectos que dominaba. Con conocimientos más leves de chino, japonés y algún otro.

Contemplé la fotografía en la pantalla. Nítida como la mejor fotocopia, a pesar de estar obtenida posiblemente de un microfilme. Era una orden típica del Tercer Reich. Papel timbrado con la cruz gamada, mención de departamentos y claves de personal de alto rango militar y político. Fechada en Berlín, en 1944.

Y dirigida a un tal *herr* Rudolph von Keizel, de Frankfurt.

Su texto era sorprendente para mí. Y para cualquiera. Estaba escrita a mano, sin la ceremonia protocolaria de haberse utilizado máquina de escribir en su redacción. Pero la letra, enérgica y dura, era muy legible:

> «Querido amigo:
>
> »Estoy conforme con su creación. La “XZ” me convenció por completo. Confío en que, realmente, puede ser activada hasta un máximo de treinta años más tarde, tal y como me indica. No importa el lugar o elementos donde se encuentre. Vamos a enviar calladamente ese regalo a Su Majestad Británica. Será una desagradable sorpresa para ellos… dentro

de treinta años, si han tenido la fortuna de vencerme y hundir al Tercer Reich.

»Para entonces, estoy seguro de que vivirá aún la persona idónea para reactivar el arma.

»Cordialmente:

»Adolf Hitler».

—¡Una carta autógrafa! —exclamé—. ¿No cabe la posibilidad de fraude?

—Ninguna, Serling. Está comprobada por nuestros expertos en caligrafía. Es autógrafa del *Führer*, sin lugar a dudas. Supimos más tarde, a través de nuestro Servicio de Inteligencia en Alemania, que Rudolph von Keizel era un notable biólogo y químico, especializado en armas de tipo bacteriológico.

—Bacteriología… a los treinta años —sacudí la cabeza—. Sigo sin entenderlo…

—Vea este mensaje ahora —pasó a la pantalla un nuevo texto, ahora en clave, utilizando nuestros códigos habituales de comunicación—. Es el que envió por entonces al Servicio de Inteligencia, un agente nuestro en Alemania.

Lo leí. Era claro y conciso, como se comunica entre agentes, en tiempo de guerra:

«Hombre especialmente elegido ha salido de Alemania hacia Inglaterra. Vuelo clandestino. Lleva, según informe, algo consigo. Podría ser “XZ”».

Rápido, apareció otro mensaje, fechado en marzo de 1945:

«Agente nazi muerto por nuestros servicios en Londres. Había llegado con equipaje que no aparece, pese a todos los esfuerzos. Antes de morir, citó las letras “XZ”. Seguimos investigando, en busca de lo que trajo consigo de Alemania».

—Nunca se encontró —suspiró *sir* Hugh, ilustrando la proyección—. Lo que fuese, se quedó aquí aquel día de marzo de 1945, próximo ya el gran desastre nazi. Hitler intuía el caos final, y

cumplió su amenaza. Envió aquí a un agente especializado, que depositó el objeto «XZ» en algún lugar de Londres que sólo él sabía… Y se llevó el secreto a la tumba.

—Han pasado treinta años, casi —insistí—. El mes que viene, según esa carta de Hitler, el ingenio dejará de tener eficacia, si su inventor no se equivocó.

—Exacto, y ahora nos llega la amenaza. Hitler va a cumplir su amenaza. Es un tardío desquite, pero desquite, a fin de cuentas. Y lo peor es que… él mismo va a activar ese arma letal, escondida en algún lugar de Londres.

—¿Él? —Le miré, incrédulo—. Ya volvemos a lo de antes… Escuche, señor, personalmente, sigo pensando que…

—No piense nada… y vea esto ahora —dijo secamente mi jefe.

Otra diapositiva en pantalla. Esta vez, con una fecha muy diferente en su encabezamiento: febrero de 1975. Ahora. Sólo unas fechas atrás, muy pocas…

Di un respingo. ¡El sello de la cruz gamada en el membrete del escrito, y debajo, en letra gótica y en alemán, un claro escrito!

EL FÜHRER DEL TERCER REICH

Manuscrita, la carta decía así:

> «A Su Majestad, la reina de Inglaterra:
>
> »Ha llegado el día. El momento. Sé que conocen mi plan. Lo que empezó hace treinta años, debe terminar. Sólo para eso he vivido este tiempo, oculto a todo el mundo.
>
> »Yo mismo reactivaré el arma “XZ”. En poco tiempo, Londres será un inmenso cementerio. Y eso será sólo el principio. Después, todas las islas seguirán la misma suerte.
>
> »Están avisados. Pero es como si no supieran nada. No podrán evitarlo.
>
> »Adolf Hitler».

Me froté los ojos, para ver con mayor claridad. Miré muy de cerca, estudié la letra, aparentemente igual a la que viera antes. Para asombro mío, proyectó *sir* Hugh una superposición de letras,

en un trabajo de laboratorio muy minucioso. ¡Eran idénticas!

—Sí, amigo mío —dijo *sir* Hugh con un suspiro—. Eso quería que viese. Están escritas ambas por la misma mano, no hay duda de ello. Nuestros mejores expertos en grafología lo han analizado, lo han desmenuzado durante horas enteras. No hay error. Adolfo Hitler ha escrito eso… *hace sólo unos días*.

Había apagado mi cigarrillo poco antes, con cierto nerviosismo.

Noté, sin embargo, que me sentía aún más nervioso cuando prendí el siguiente. Una nube tenue de humo se interpuso entre mis ojos y la pantalla donde aún flotaba la imagen superpuesta de un manuscrito de Hitler sobre otro, separados entre sí por tres décadas de distancia en el tiempo.

Yo sabía que podía existir el error. Todo ser humano yerra. Pero eso sucede rara vez con unos expertos de laboratorio de los Servicios de Inteligencia, ya sean americanos, ingleses o rusos. No, esa gente no acostumbra a equivocarse en detalles tan importantes. El estudio grafológico, el análisis de cada rasgo de aquella carta, habría pasado exhaustivos exámenes y pruebas sin cuento. El microscopio electrónico, los ojos agudos de los expertos, los procedimientos químicos… Todo ello daba a ese veredicto una garantía escalofriante.

—¿Y qué opinan sus expertos sobre la edad de la persona que escribió la misiva? —repliqué de pronto, saliendo de mi absorto silencio—. Se supone que hay diferencias sustanciales entre lo que escriba un hombre de cincuenta y seis años, lleno de vitalidad y nervio, como Hitler, y otro de ochenta y seis, aunque sea la misma persona…

—Antes de responderle a eso… vea esto, Serling —me pidió *Sir* Hugh.

Y otra diapositiva saltó ante mis ojos maravillados.

Ésta era nítida, perfecta. Tomada la fotografía, sin duda alguna, con una cámara moderna, de gran nitidez, en color, perfectamente contrastada y detallada. Abajo, en un ángulo de la imagen, como podría hacerse en una prueba deportiva cronometrada en televisión, una serie de cifras electrónicas aparecían, en color rojo lívido.

No eran correspondientes a ninguna hora, sino a una fecha. Y eso es lo que más me sorprendió. Porque la fecha registrada en cifras era inmediata:

22-1-75.

—Veintidós de enero de mil novecientos setenta y cinco —leí, ceñudo. Mire la fotografía, perplejo—. Parece un gran hotel, una residencia o cosa así, con amplios jardines y personas paseando por ellos…

—Es un balneario de gran lujo —me rectificó *sir* Hugh—. Ahora fíjese en las sucesivas ampliaciones realizadas en los laboratorios de nuestro Departamento…

Me fijé hasta casi dolerme la vista. Fueron saltando a la pantalla sucesivas ampliaciones detalladísimas de excelente y perfecta fotografía. El cuadro general se fue dividiendo así en fragmentos muy ampliados, creo que hasta una veintena de veces su tamaño, hasta que, pese a lo perfecto de la fotografía, apareció el inevitable grano de su trama de color.

Pero lo que podían perder en nitidez aquellos detalles, lo ganaban en fuerza reveladora. Atónito, observé que las personas que deambulaban por los jardines vestían de muy especial manera, para hallarse dentro de un balneario, residencia o lo que fuese.

Algunos de los hombres que descubrí, vestían gabardinas de cuero negro, con cinturón anudado. Otros llevaban impermeables o gabardinas cruzadas, tipo comando, con las siglas SS sobre las solapas. Algunos, lucían sombreros negros, de material impermeable o cuero.

A mi mente llegaron imágenes alucinantes de otros tiempos: las SS, la Gestapo… Aquellos hombres parecían ser, exactamente, miembros de tales grupos. La indumentaria nazi parecía anclada en el tiempo. Y eso, en una fotografía hecha en enero de aquel mismo año…

Finalmente, descubrí, entre las columnas del porche de la residencia de piedra, rodeada de bellos jardines, un hombre uniformado. Me sentí asombrado. Camisa negra, oscuro uniforme, Cruz de Hierro al pecho, la esvástica en su gorra de plato, rígidamente aplicada sobre su cráneo rapado… Unas gafas de montura metálica, se apoyaban en su nariz afilada.

Un militar nazi. Un miembro de las Milicias Hitlerianas. Montando guardia.

—¿Qué mascarada es ésa? —indagué—. Si es un balneario, ésos no pueden ser pacientes… ni tampoco encargados de guardar a los

huéspedes. Todos son nazis… como arrancados de cualquier vieja ilustración de Adler o de un noticiario de la UFA…[1].

—Exacto. Ahora… vea, por favor, la última serie de ampliaciones. Están centradas en la fachada del edificio. Exactamente en su primer piso. Vea ese balcón abierto, en el centro de la primera planta… Hay alguien asomado a él. Mírelo atentamente.

Mis ojos me dolían ya. Pero miré con toda mi atención. Una ampliación. Otra, otra, otra… Como en un *travelling* cinematográfico hecho a base de espasmos, la cámara parecía aproximarse a la mansión, a saltos bruscos.

Vi al hombre asomado al balcón, en pie entre las dos puertas entreabiertas del mismo, sin llegar a salir al exterior de la terraza. Inicialmente, fue solo una figura confusa. Luego, paulatinamente, cada ampliación fue dibujando con nitidez los contornos de su rostro…

Ceño fruncido. Pelo corto, oscuro. Mechón sobre la frente, desordenado y liso. Nuca muy rapada. Patillas cortas, casi inexistentes. Ojos penetrantes. Bigote corto, gracioso casi, en el mismo centro, bajo su nariz. Labios apretados, camisa abotonada hasta el cuello, color parduzca, con corbata negra. Correajes. Un brazalete con la esvástica en el antebrazo…

—¡Dios mío! —gemí—. ¡Es él! ¡Es… HITLER EN PERSONA!

—Sí, amigo mío —afirmó *sir* Hugh—. Es Hitler, tal y como podemos recordarlo que era hace más de treinta años…

—Pero esa fotografía… ¡está hecha ahora! —murmuré, estupefacto.

—Eso es. El mes pasado, exactamente.

—No… no puede ser… Ese hombre… ese hombre no puede tener ahí más de cincuenta años, estoy seguro…

—El fotógrafo que hizo esa magnífica fotografía, Serling, está muerto ahora. Era nuestro agente especial en Suiza. Había encontrado allí el balneario en cuestión. Pudo enviarnos la fotografía. Y después, su cadáver apareció en un lago… ¿Sabe cuál es el nombre de ese balneario? Precisamente le denominan… Manantial de Juventud.

CAPÍTULO IV

Manantial de Juventud.

El viejo mito de la humanidad. La juventud eterna Era lo que significaba la frase en sí. Cualquiera sabe eso. Pero no había sido siempre más que un mito, el sueño imposible de cuántos desearon ser siempre jóvenes y vivir eternamente.

En Rumania existía la doctora Asland, con su tratamiento por gerovital, para dar cierto rejuvenecimiento a los tejidos humanos envejecidos. Era algo científico pero por ello mismo de limitadas posibilidades, al menos por el momento.

Esto… *esto* era otra cosa.

Sostuve en mis manos la cartulina brillante, con copia de la ampliación fotográfica en que la figura de *Führer* era bien visible, inconfundible en su rostro, figura y aspecto, allá en el balcón del balneario.

Moví la cabeza con desaliento. *Sir* Hugh L. Aldriss me había facilitado aquella copia en papel de brillo para que contemplara mejor lo que ya me había sido dado ver sobre la pantalla de proyección.

—No es posible —dije.

—Claro que no es posible —admitió él—. Hemos pensado en todo: un suplantador, un actor, un farsante, un gran parecido físico… Todo se ha examinado exhaustivamente, Serling.

—¿Y…? —Enarqué las cejas, clavando en él mis ojos.

—Y ha sido inútil. Solamente un actor fue capaz de representar la figura y rostro de Hitler con absoluta exactitud, así cómo copiar su voz. Heinrich Stern, veinte años más joven que Hitler. Su perfección fue tal, que admiró al propio Führer, y le divertía verle representar, a veces, su propio papel. Para su desgracia, ese actor era de raza judía. Hitler debió averiguarlo, a través de sus muy eficaces Servicios de Información. El hecho es que el actor, Heinrich

Stern, fue ejecutado por las SS. Orden personal del *Führer*, nos consta. Luego, ya nadie más se atrevió a copiar su físico… excepto un actor en un filme de Lubistch, y el genial Chaplin, en otra famosa película[2]. Pero eso no pasaban de ser simples parodias o bufonadas, sin valor real para nuestro caso. Porque estamos, justamente, ante alguien que parece ser, exactamente, el propio Führer. Alguien que escribe como él escribía. Y que habla como él hablaba…

—¿Habla? —Le miré, con renovada sorpresa—. ¿También tiene prueba de eso?

—La tengo —afirmó con un suspiro. Extrajo una *cassette* de su bolsillo. La agitó en el aire—. Es sólo una copia. Una reproducción de otra *cassette* en poder del Ministerio del Interior. Va a escucharla, tras oír unos discos con discursos de Hitler. Luego, volverá a escuchar ambas cosas. Todo ello, con un aparato electrónico medidor de sonidos…

La prueba fue demoledora.

El aparato electrónico registraba los graves y agudos, las matizaciones de voz, como podría hacerlo un electroencefalograma con el cerebro de uno, o un cardiograma con el corazón, registrando sus más mínimas alteraciones en una pantalla electrónica y, a la vez, sobre una banda doble de papel, donde dos trazos registraban las diferencias entre la voz captada por los discos de treinta años atrás, y la grabación magnética actual, en la que una voz joven, fuerte, vibrante, hablaba en alemán:

«—A Su Graciosa Majestad, la Reina Isabel de Inglaterra… Majestad: supongo en poder de vuestro Gobierno mi mensaje escrito. Podría suponerse que es obra de un demente o de un falsario. Este mensaje les sacará de dudas. Se lo repetiré con mi propia voz, advirtiéndoles que no tienen posible salvación. Esto tenía que suceder. Yo nunca perdono. He dejado que se me dé por muerto durante todo este tiempo, esperando mi momento. Sé esperar. Para mí, el tiempo importa ya poco. Y la propia, vida también. Lo he dedicado todo a este momento. Este gran momento de mi victoria final… Sé que dudarán de que esto sea cierto, de que yo permanezca vivo. Era más cómodo para todos darme por muerto. No me importa lo que piensen. Lo que realmente cuenta es lo que van a vivir ustedes en breve. Mi gran sueño de siempre… Una

Inglaterra vencida. Invadida. Pero invadida por un enemigo que ustedes no podrán, esta vez, detener con sus navíos de guerra, Majestad… Es inútil cuánto hagan. Ésta es una guerra que tienen perdida de antemano. *Deustchland uber alie!*[3]. Su eterno enemigo: Adolf Hitler, *Führer* del Tercer Reich… y quizá del Cuarto *Reich*, Majestad…».

Allí terminaba el mensaje sonoro. Miré la pantalla electrónica. Las líneas reproducidas por la máquina eran idénticas. Se trataba de la misma voz, no de una copia o imitación.

Increíble. Pero la evidencia estaba ante mis ojos. La computadora no cometía errores.

—Cuarto *Reich*… —Me estremecí—. Es una sugerencia espantosa. Toda una posibilidad, si los nuevos nazis siguen luego al hombre capaz de destruir Londres en unas horas… y quizá toda Inglaterra.

—Y más, si ese hombre es la antigua imagen de su jefe supremo —asintió *sir* Hugh, sombrío—. El Gobierno escuchó ese mensaje. Y no se ha tomado en broma. Nos hemos limitado a investigar, a buscar… hasta los límites de nuestros medios.

—Es la voz de un hombre joven —señalé, escéptico aún—. Como lo es el hombre del balneario, *sir* Hugh…

—Ya se lo dije: Manantial de Juventud.

—Eso no es más que un mito. Nunca hubo «manantiales de juventud».

—Yo pensé lo mismo, al ver esa fotografía. Luego, supimos el nombre de su director: doctor Karl Dietrich. Antiguo investigador biológico nazi. Desaparecido durante la batalla de Berlín. Había estado en campos de concentración donde se experimentaba con judíos en las horribles cámaras de genocidio adornado con términos científicos… El doctor Dietrich se hizo famoso en toda Alemania por entonces, por una teoría que, dada su juventud al exponerla, hacía suponer que llegaría a avanzar definitivamente sobre ella: él afirmaba que la vejez podía ser detenida y controlada, que un hombre podía ser joven, física y mentalmente, hasta casi los cien años de edad. Estaba iniciando un proceso biológico, encaminado a ese fin…

—¿Y el doctor Karl Dietrich es el mismo de Suiza? Creí que un hombre así sería buscado como criminal de guerra, *sir* Hugh…

—Y lo fue. Sigue siendo buscado por ello. Al menos, fue responsable de la muerte de diez mil judíos, en sus experimentos sobre la especie humana… Pero en Suiza vivía con nombre falso: doctor Kurt F. Wisseman. Se ha comprobado que era falso. Sus huellas coinciden con las de Karl Dietrich que posee el Servicio Secreto israelí.

—Entonces… ¿el doctor Dietrich ya no está en Suiza? —me alarmé.

—No. Ya no. Escapó, tras la muerte de ese agente nuestro que obtuvo la fotografía. Él, y todos cuantos ocupaban el balneario, situado a poca distancia de Ginebra…

—Ya veo. Era demasiado fácil suponer…

—Sí. Era demasiado fácil —sonrió tristemente *sir* Hugh—. Si Hitler está realmente vivo, si se mantiene joven como entonces, gracias a los trabajos del doctor Dietrich, en su Manantial de Juventud, ahora debe hallarse en otro lugar, en otro país, continuando su tratamiento, rodeado de sus leales, esos hombres vestidos a la usanza de otros tiempos, que usted ha visto ahí en esa fotografía reveladora. En suma: no tiene por dónde empezar, Serling. Pero ese arma, hipotética o no, debe ser localizada, si realmente existe. Y debe impedirse que alguien la reactive ahora, sea Hitler o quien sea… Es su misión. Tenemos todo este mes de febrero para intentarlo. Según su inventor, en marzo se cumplirán los treinta años de vida del Arma «XZ», y por sí misma se quedará inutilizada en sus efectos letales…

—¿Ni siquiera existe… un modo de empezar, *sir* Hugh?

—No. Sólo una pista. Una posibilidad, Serling.

—¿Cuál?

—Chase —dijo irónicamente mi jefe—. Clifford Chase. ¿Qué le parece?

Clifford Chase.

Aquello no tenía gracia. Era un nombre demasiado aborrecido para mí: Clifford Chase. Mi otra cara. La actual. El rostro de un asesino y traidor, ya desaparecido. La broma de los cirujanos de plástica y reparación facial de nuestros Servicios Secretos…

—¿Adónde va a parar, señor? —quise saber, con tono agrio.

—A Chase, justamente —movió la cabeza—. Sí, Serling. Ese hombre fue un traidor completo. Se vendía siempre al mejor postor.

Engañaba a quien fuese, con tal de ganar dinero fácil. Por un tiempo, fue agente de los neonazis alemanes. Estuvo afiliado a una llamada Escuadra Negra Nazi, que funcionó en ciertos lugares de Europa, durante los años sesenta… Nos consta que fue a los únicos a quienes no traicionó. Creo que Chase se sentía realmente más cerca del nazismo que de otra idea cualquiera…

—Y ahora… ¿yo he de ser Clifford Chase? —sugerí, entendiendo bien su razonamiento.

—Sí, Serling. Por eso le dije que era usted insustituible para nosotros, en el caso actual. Posee más ventajas que ningún otro agente de mi departamento. Se presentará en lugares habitados por nazis, como Clifford Chase, evadido de un presidio británico… Nadie va a sospechar de usted. A fin de cuentas, lleva su propio rostro.

—No me recuerde —gruñí—. Pero supongo que presentarse ahora en Suiza, Será perfectamente inútil. Sabiendo que los agentes israelíes, los británicos y las propias autoridades helvéticas andan tras ellos, no habrán sido tan necios como para quedarse en territorio suizo…

—No, Serling. Las cosas no van a ser tan sencillas como todo eso. Pero existe un indicio razonable. Un indicio que nos apunta a un lugar donde puede hallarse ahora el doctor Dietrich, con su increíble paciente y su guardia personal…

—¿Dónde, señor? —quise saber.

—Donde más nazis han logrado quedarse a vivir, bajo falsa identidad, desde que se derrumbó el Tercer Reich, amigo mío. En Brasil, naturalmente…

Brasil.

Río de Janeiro. Calor, trópico, sol y luz. Aguas azules, arenas doradas, palmeras, edificios blancos, deslumbrante ambiente multicolor.

Todo eso, en brusco salto desde Londres, tenía su fascinación. Y producía sorpresa y hasta asombro. Las brumas, el frío y la humedad quedaban atrás, tan lejos como el propio Támesis. La confortable comodidad de una *suite* amplia y agradable, en un hotel asomado a la bahía de Copacabana, acogió a mi cansado cuerpo, cuando arribé a Río.

A través de los grandes ventanales, la playa era una inmensa

herradura dorada, bajo un sol cegador. En la arena, cuerpos bronceados se tostaban más aún, entre policromadas toallas y parasoles. Allá, en las aguas, muchachas de audaces tangas practicaban el esquí acuático, deslizándose, vertiginosas, entre las canoas a motor de bella y estilizada línea, que cortaban con filos de espuma el azul marino.

—Esto es Río… —resoplé, mirando el panorama increíblemente seductor—. ¿Puede haber aquí algo siniestro, que rompa ese encanto, esa belleza que todo lo arrolla y transforma? Contemplando ese paisaje, uno duda de que las cosas que teme *sir* Hugh puedan ser realidad. Y, sin embargo…

Cerré los ojos, tratando de que cuánto me rodeaba no absorbiese también mi razón, intentando, por todos los medios, mantenerme frío y distante de aquel carrusel de color, luz y sensualidad que era Río de Janeiro.

No había ido allí a divertirme con las mestizas de piel de bronce palpitante, sobre las arenas de Copacabana o en las aguas de Guanabara. El avión británico que me depositó en las pistas del aeropuerto Santos Dumond, había sido el vehículo para una misión a iniciar en Río lo antes posible.

La más extraña misión imaginable, como la llamaba *sir* Hugh. Y ahora sabía cuánta razón tenía, al llamarla así…

Había llegado con pasaporte falso, bajo el nombre e identidad de Edward S. Lee, viajante de comercio. Por supuesto, ocultando también mi actual rostro, que podía servir para identificarme inmediatamente como Clifford Chase, el inglés asesino, traidor a su patria, y reclamado por Interpol y por mucha gente más.

Pronto llegaría el momento de mostrar mi auténtico rostro a las personas interesadas en ello. Hasta entonces, seguiría siendo Edward S. Lee, ciudadano británico, perfectamente inofensivo.

Sólo existía una pista, un contacto posible en todo Río para iniciar la búsqueda de los personajes de la «Misión XZ», como se le denominaba técnicamente en el *Intelligence Service*.

Y ese contacto que se suponía debía llevarme hasta el propio Adolf Hitler redivivo, eternamente, joven y decidido a destruir Inglaterra en breve plazo, era… una mujer.

Una mujer llamada Kristina Berger. Alemana de nacionalidad. Amiga de muchos exnazis residentes en Brasil.

Si alguien podía ponerme sobre la pista, ese alguien era Kristina Berger. De ella sabía pocas cosas: que era alemana, que era joven. Y que era atractiva.

Muy pronto iba a saber muchas cosas más de ella. Antes de lo que imaginaba…

Marineira se hallaba situado en Ipanema. Frente al mar, en una zona ajardinada y muy bella, con accesos directos desde los embarcaderos de lujo. En realidad, parecía un club náutico como cualquier otro. Pero pronto se veía que no era así.

Poseía un acuario amplio y bien instalado, un pabellón para delfines, y una amplia zona para investigación subacuática, con una especie de gran embalse de agua marina, debidamente decorado en su fondo iluminado, y provisto de diversas especies marinas, en su gran mayoría tropicales. Todas de belleza fascinante, por su colorido y su exótica apariencia.

Junto a ese acuario, se alzaba un pabellón en cuya entrada podía leerse un rótulo poco tranquilizador:

«Estanque de especies peligrosas. No entrar».

Más abajo, en otro cartel, explicaba las razones de esa prohibición. Allí existían ejemplares de barracudas, pequeños tiburones, e incluso los temibles peces-escorpiones del trópico, especie peligrosísima, por su veneno y agresividad.

Contemplé todo eso, y luego mis ojos buscaron las cercanas piscinas para los socios y visitantes del club Náutico y del Acuario. Yo no buscaba peces allí, sino a una mujer. Y había mujeres en las piscinas.

Y qué mujeres…

Abundaban las morenas. Era lógico, en Brasil. Tez broncínea o cobriza, cabellos oscuros, rostros exóticos, labios abultados y carnosos, llenos de sensualidad. Curvas exuberantes, sobre las que apenas si se sostenían las mínimas piezas de tejido de sus tangas y de sus bikinis minúsculos.

Quizá por eso, la rubia era más fácil de descubrir. Y la descubrí.

Kristina Berger era rubia. Muy rubia. Una auténtica belleza aria. Su piel, quizá poseía un original tono claro, suave y rosado, como

correspondía a su raza. Pero ahora, el sol tropical y la exposición de una gran parte de su epidermis a los efectos del mismo, habían dado una coloración bronceada, suavemente dorada, a las formas espléndidas de aquel cuerpo joven, vital, arrogante y lleno de atractivo.

Me acerqué, caminando dificultosamente entre aquel enjambre de bellezas, apenas cubiertas por la pieza del tanga.

—¿*Fraulein* Berger? —pregunté suavemente, parándome ante la rubia tendida de espaldas sobre las baldosas multicolores que rodeaban una de las piscinas de forma oblonga.

—Sí —ella se volvió lentamente. Creí captar la mirada de unos ojos azul-verdes, a través del color caramelo de unas gafas para el sol de exagerada montura blanca—. Yo soy. ¿Y usted?

—Mi nombre es… Edward S. Lee. Ciudadano británico.

—Ya —frunció sus labios. Eran amplios, carnosos. Al volverse, descubrí el volumen y firmeza de su pecho, contenido en su brevísimo encierro de tela amarilla—. No conozco a ningún señor Lee. No me simpatizan los ingleses.

—Lo siento —suspiré, inclinándome hacia ella—. Me envía un amigo.

—¿Un amigo? —dudó.

—Común —sonreí, asintiendo—. Me dio su tarjeta de visita. Dijo que era una tarjeta especial. Que usted entendería, *fraulein* Berger.

Kristina Berger parecía molesta con todo aquello. Se sentó. Ajustó un poco mejor su corpiño. Luego, tomó la tarjeta de visita que yo le entregaba, con el ceño fruncido.

La vi clavar sus ojos, aquellos grandes, rasgados ojos azul-verdes, que centelleaban tras los vidrios color caramelo, ovalados, en el pequeño rectángulo de cartulina especial, donde aparecían escritos el nombre y la ciudad:

«Clifford Chase. London».

Y debajo, con un sello de goma o caucho, estampilladas unas cifras, como si fuese un teléfono. Ella estudió todo eso con rapidez. Afirmó despacio. Me miró, recelosa, a través de sus espectaculares gafas para el sol.

—Una tarjeta de visita puede encontrarse —dijo—. Eso,

suponiendo que signifique algo para mí…

—Tiene que significar algo. Me lo dijeron.

—¿Quién se lo dijo?

—Un amigo de Londres. Por él estoy aquí, en busca suya.

—Cuénteme algo de ese amigo. Quizá, entonces, sepa de qué se trata, exactamente.

Tenía instrucciones pertinentes al caso. Recordé lo que *sir* Hugh me hiciera memorizar, poco antes de partir de viaje hacia Río. Y lo repetí de viva voz:

—Un buen amigo que recuerda con afecto a la pequeña Kristina. Y a *herr* Erik, su amado padre…

Era algo más que una alusión casual. Aquellas dieciocho palabras, exactamente, formaban una clave, un código. La contraseña para que Kristina Berger supiera que quien la visitaba era un nazi. Como lo había sido su padre. Como lo era ella misma.

Ahora, su mirada fija en mí, tuvo un destello de complacencia y amistad. Tendió su brazo, para pedirme ayuda con un gesto. La incorporé, tirando de su mano firmemente. Su cuerpo semidesnudo rozó el mío, al ponerse en pie. Era como una descarga eléctrica de alto voltaje. Y no sólo por el calor que despedía su piel, caliente bajo el sol.

—Eso cambia —dijo brevemente—. Sígame. Vamos al acuario.

La seguí. Sabía que ella era la encargada de sus cuidados. Cristina Berger era una notable submarinista, y amaba la fauna marina. Era todo lo que sabía de ella.

Entramos en el acuario. Desde las grandes vitrinas iluminadas, los rostros inexpresivos de los peces nos contemplaban curiosamente, sin dejar de evolucionar en las aguas limpias, con fondos decorados graciosamente, a base de piedrecillas, arena, algas y plantas marinas, simulando pequeños paisajes subacuáticos.

Ella se echó sobre su cuerpo un albornoz liviano, color verde intenso. Me señaló hacia un corredor que se perdía entre vidrieras con agua y especímenes del fondo marino. La seguí resueltamente.

Al fondo, había una sala destinada a guardar material del acuario, herramientas para el cuidado de los peces y de las aguas, así como diversas publicaciones especializadas, amontonadas descuidadamente aquí y allá. Sobre el muro, una gran tabla de madera sostenía a un enorme pez disecado, posiblemente un

ejemplar raro, digno de un coleccionista.

Debajo de ese pez aparecía una mesa, también repleta de revistas sobre pesca e investigación submarina, folletos, un pequeño acuario esférico, conteniendo cuatro o cinco diminutos pececillos rojos y dorados, y un teléfono góndola, de color rojo vivo.

—Siéntese —me mostró una silla tapizada—. Y perdone el desorden del lugar. No dispongo aquí de un despacho adecuado. Trabajo a gusto, de ese modo. Estamos seguros, cuando menos. Y nadie nos escucha.

Asentí. Había visto cómo cerraba y aseguraba la puerta, al entrar. Debíamos de estar aislados de curiosos, evidentemente. A ella le interesaba tanto como a mí.

Jugueteó, pensativa, con la cartulina que yo le entregara. Luego, de repente, clavó sus ojos en mí, quitándose de golpe las gafas de sol. Sus ojos eran muy bellos. Más verdes de lo que yo pensara. Y más fríos y penetrantes también.

—Bien —dijo secamente—. ¿Dónde está Chase?

—Aquí —respondí, calmoso.

—¿Aquí? —Pareció sorprendida—. ¿En Río?

—Eso es: en Río. Acaba de llegar de Inglaterra.

—No le creo. Chase no podría estar en Inglaterra. Era demasiado arriesgado para él.

—No le miento. Estuvo allí con nombre supuesto. Ha utilizado pasaporte falso para viajar a Río. Nadie sospechó.

—Si eso es cierto, ¿por qué no ha venido él, personalmente? En Río no peligra. No existe la extradición. Y menos, para un simpatizante del nacionalsocialismo alemán, señor Lee…

—Es lo que quería decirle —sonreí—. Chase ha venido personalmente a verla, *fraulein* Berger.

—¿Usted? —Me miró, taladrante. Capté la duda en su gesto—. No es Chase. No puede serlo. Yo conozco a Clifford Chase. Le vi un par de veces.

—Yo no la había visto a usted, en cambio —dije con lentitud. Empecé a despojarme de cosas—. Vea, amiga mía…

Y me desprendí de la peluca, los postizos de goma en mis mejillas y nariz, mi barba, que ahora ya no era la que lucía en Londres, sino una igual, pero también postiza, y todo cuanto cambiaba mi apariencia física actual. También siguieron las lentillas

y las fundas especiales, que hacían más grandes y desiguales mis dientes.

El cambio operado era, evidentemente, notable. Ella me contempló, asombrada. Vi destellar sus bonitas pupilas verdes. Luego, asintió.

—Sí —dijo—. Usted es Clifford Chase.

—Me alegra que me identifique —saqué del bolsillo mi pasaporte—. Como ve, es falso. Pero está bastante bien hecho…

Lo examinó críticamente. Al devolvérmelo, hizo un gesto ambiguo.

—Los he visto mejores. Pero puede pasar. A usted le sirvió, Chase… Bien, ¿por qué ha venido? ¿Qué espera que haga yo, por un hombre como usted? En cuanto le localicen, los espías ingleses no van a sentirse muy felices con su presencia en Brasil. No está bien mirado en ninguna parte, Chase. Tiene una negra fama entre sus compatriotas, para serle sincero.

—Lo sé —reí entre dientes, con aire cínico—. Necesito su ayuda ahora.

—¿Para qué?

—Para reunirme con unos amigos comunes. Es importante.

—¿Qué clase de amigos?

—Usted debe imaginarlo —suspiré—. Le pagaré bien. Traigo dinero en efectivo. Divisas de fácil manejo. Libras esterlinas, dólares o francos suizos. Puedo pagarle hasta… diez mil.

—¿Libras esterlinas? —saltó ella, rápida.

—Dólares —reí, sacudiendo la cabeza—. Usted es muy lista. Mis posibilidades no llegan a tanto. Es decir, las posibilidades que me han proporcionado otros buenos amigos de las Islas, para ser exactos.

—¿Qué amigos?

—Éstos —dije, quitándome la corbata. Desprendí de ella el forro. Extraje algo, un microfilme envuelto en plástico negro. Lo puse en la mano de Kristina Berger—. ¿Puede examinarlo ahora?

—Claro —asintió ella, desdeñosa, incorporándose y yendo a un mueble inmediato.

Extrajo un pequeño proyector para diapositivas. Al lado, había numerosas fotografías transparentes, con ejemplares piscícolas. No tocó eso. Alteró las lentes del proyector, lo conectó, y puso el

microfilme en una plataforma de vidrio. Pulsó un botón donde indicaba:

«Imagen aumentada».

Sobre la pared, en un punto donde había un mapa indicador de profundidades marinas, apareció una blanca pantalla deslizante, cuando ella oprimió un resorte. Proyectó el microfilme.

En él aparecía la fotografía de mi rostro. Es decir, del rostro de Clifford Chase. Y era un documento especial de identidad. En letra gótica, en inglés, figuraba arriba:

«Partido Neonazi Británico».

Era muy visible la cruz gamada. Y los datos personales de Clifford Chase, con las firmas de varios dirigentes nazis de Gran Bretaña. Kristina ya había visto bastante. Comprobó las cifras situadas al pie del documento, con un cuaderno en el que, sin duda, tenía codificadas todas las cifras de ciertos Partidos Neonazis europeos. Asintió, cerrando el cuaderno. Me miró, sonriente, y me tendió su mano con cordialidad.

—Bien venido, amigo —dijo—. Creo entenderle. Quiere unirse al Escuadrón Negro de Brasil.

—Eso es —sonreí—. El Escuadrón Negro. Tengo buenos informes de mi Partido. Me enviaron aquí. Dijeron que se prepara algo grande. Algo definitivo.

—Es cierto —afirmó ella secamente—. Es lo mismo que yo he oído. Le pondré en contacto con Joao Azevedo.

—¿Con quién?

—No se fíe del nombre —rió ella, irónica—. Parece brasileño, pero no lo es. Encubre el nombre de un importante ciudadano alemán, jefe de una célula nacionalsocialista en Río. La más importante del país, por cierto. Espero que eso sea suficiente para usted.

—Lo será —afirmé—. Azevedo puede presentarme a los demás.

—Le será difícil ganarse su confianza —señaló Kristina Berger—. Azevedo no se fiaría ni de sí mismo. Dice que en esa falta de fe en los demás, está la clave de su larga supervivencia, Chase.

—Quizá tenga razón. De todos modos, ése es ya problema mío, no suyo, *fraulein* Berger.

—Exacto. Es su problema —me miró fijamente, y, al sentarse, le cayó de los hombros el albornoz, dejándome ver nuevamente la exuberancia de sus formas de walkiria—. Le deseo suerte, Chase. Esta noche verá a Joao Azevedo. Si no se gana su confianza pronto… será hombre muerto.

Estaba seguro de eso. Y aún lo estuve más cuando aquella noche conocí a Joao Azevedo. Su primera decisión, tras conocerme, examinar mis documentos y comprobar exhaustivamente mi identidad —la de Clifford Chase, realmente—, fue desoladora para mí.

—Tendrá que probarme que no es ahora un cochino traidor al servicio de los ingleses —dijo—. Un hombre con sus antecedentes sería capaz de todo por dinero, pese a sus probadas simpatías por el nazismo… La prueba de su lealtad consistirá en… *en matar a un agente inglés*, infiltrado en nuestras filas. Esta misma noche, Chase. Dentro de dos horas.

No había salida. Tuve que decir fríamente:

—Está bien. Lo haré.

Pero ahora vendría lo malo. Es que *tenía* que hacerlo. O morir yo.

SEGUNDA PARTE

LA VUELTA DE LOS SUPERHOMBRES

CAPÍTULO PRIMERO

Joao Azevedo. Su nombre verdadero era Heirich Vogerstein.

Su pelo negro, su tez morena, sus ojos negros, eran tan falsos como su nombre: peluca, tinte, sesiones de rayos ultravioleta y lentillas, contribuían al fraude.

Era el jefe de la Célula Uno del Escuadrón Negro, en Brasil. Un cabecilla importante, aunque yo sospechaba que había otros por encima de él. Y muchos, por debajo.

Su negocio era una tapadera: un bello hotel con sala de fiestas, en avenida Beira Mar, Guanabara Bay. Uno de los mejores lugares residenciales de Río.

Me recibió, gracias a la tarjeta de visita especialmente redactada por Kristina Berger. Se mostró frío y circunspecto. Su desconfianza era casi tangible. Y siguió siéndolo, pese a examinarme de forma minuciosa y a estudiar, exhaustivo, el microfilme con la documentación secreta del auténtico Clifford Chase, que me proporcionara el Servicio de Inteligencia en Londres.

Luego, llegó la bomba.

Y la bomba era esa orden tajante, casi agresiva, formulada mientras no desviaba sus ojos de mí ni un ápice:

—La prueba de lealtad a nosotros, consistirá en… en matar a un agente inglés, infiltrado en nuestras filas. Y esa misma noche. Sólo dos horas después.

—¿De verdad se siente capaz de hacerlo?

—Si es humanamente posible, sí —afirmé fríamente—. Esta noche. Dentro de dos horas. Por tanto… justamente a las doce y media.

—Eso es. Digamos a las doce y media —asintió el falso brasileño —. ¿No le importa que deba ejecutar a una persona en quién confían sus compatriotas ingleses?

—No, en absoluto. Es más: no tengo nada que agradecer a mis compatriotas. Me han perseguido y acosado. Me han juzgado y condenado. Hubiera pasado toda mi vida en prisión, y eso porque está abolida la pena capital. Pero he podido escapar, gracias a buenos amigos del Partido, a personas que odian, como yo mismo, las democracias judaístas del mundo… Me han dicho que este viaje puede significar para mí la colaboración en el primer paso para un posible Cuarto *Reich* que domine el mundo. No sé si eso será utópico, pero valdría la pena luchar por ello.

—No es tan utópico como pueda parecer —sonrió el hombre del Escuadrón Negro—. Le garantizo que posiblemente esté dando ya ese primer paso. Pero no será un paso efectivo hasta que usted… haya matado por su propia mano a ese agente.

—Correcto. Así lo haré. Lo he aceptado, señor Azevedo. Cuando acepto una misión, acostumbro a cumplirla. O a fracasar, con todas sus consecuencias. Nada me asusta.

—Lo creo. Los informes que tengo de usted lo confirman, Chase —me estudió, frotándose el mentón con un dedo en el que lucía una sortija de oro con un sello negro, en cuyo centro resaltaba la esvástica nazi—. Sus compatriotas, sin embargo, son peligrosos. Saben infiltrarse bien en las organizaciones que combaten. Los temo mucho más que a los norteamericanos. Son menos ingenuos, más sutiles… Sólo así pudieron infiltrar a uno de sus mejores agentes entre nosotros. Es alguien que practica el peligroso juego de agente doble, y se finge uno de los nuestros, y precisamente de los más fieles.

—¿No existen dudas sobre eso? Sería mala cosa sacrificar a un aliado…

—No hay la más leve duda. Es culpable de traición. Espía en favor de Su Majestad, y cree estar a salvo de sospechas. No imaginará nada. Podrá usted darle caza por sorpresa, esté seguro. Es un crimen fácil, Chase.

—¿Por qué, entonces, me lo asignan a mí?

—Es una prueba, ya se lo dije. Si no tiene escrúpulos en hacer eso, no los tendrá en otras cosas. A veces, un ideal exige sacrificio, cometer actos que no nos gustan. El que retroceda o vacile ante una misión encomendada por nosotros, no nos sirve.

—Muy bien —asentí—. Le probaré que sirvo para cualquier

cosa. Matar a un hombre no es nada complicado, después de todo.

—Tal vez no lo sea —convino Joao Azevedo—. Pero no se trata de que mate usted a un hombre, Chase… sino a una mujer.

—¿Una mujer? —Le miré, dominando mi asombro.

—Exacto, una mujer que supo ganarse nuestra confianza mientras servía a los ingleses. Una mujer a quien usted conoce, y que le ha traído hasta aquí. En suma, Chase, debe usted asesinar a *fraulein* Kristina Berger.

Kristina Berger besó mi boca. Sentí la humedad de sus labios pegados a los míos.

Su cuerpo pegado al mío, me transmitía su calor a través del fino tejido *beige* de mi traje tropical. Sentía contra mi torso la dureza y rotundidad del suyo. Sus brazos me rodeaban el cuello, y sentía sus uñas arañar deliciosamente mi nuca.

Evidentemente, *sir* Hugh tenía razón. Clifford Chase debió ser un tipo con mucho éxito entre las damas. Kristina estaba diciendo en un murmullo, mientras besaba mi cuello, mi oreja, mi mejilla:

—Desde que te vi, Cliff… me gustaste. Me gustaste mucho, palabra… Estaba segura de que volverías.

En alguna parte, sonaba música. Cerca de nosotros, las luces del club Náutico se reflejaban en la superficie azul y límpida de las piscinas del establecimiento. Más lejos, bailaban otras parejas, o buscaban un rincón íntimo entre los recodos del jardín.

Hubiera parecido fácil para cualquiera poder murmurarle al oído, a la hija de Erik Berger:

«Cuidado. Escapa disimuladamente. Azevedo me ha encargado matarte. Saben que eres espía al servicio de Su Majestad. Yo también lo soy. Me llamo Serling, no Chase. Mi rostro es producto del bisturí. No puedo matarte. Trabajamos para los mismos intereses. ¡Vete, antes de que sea demasiado tarde!».

Sí, parecía fácil, a primera vista. Yo sabía que no lo era. Ni mucho menos.

Estaba vigilado. Muy vigilado. Y ella también. Además, llevaba encima de mí un micrófono electrónico, sumamente sensible. Lo sabía, aunque en ningún momento fingí darme cuenta, al obsequiarme Azevedo con aquel botón de solapa, con el emblema nazi. Estaba convencido de que el tal botón, aparentemente inofensivo, era un micro-receptor conectado con alguna estación de

escucha que grabaría cuanto se dijera cerca de él. Y deshacerse del botón significaría simplemente convertirse, de modo automático, en un sospechoso de quien ellos recelarían en el acto.

Además de eso, estaban los hombres silenciosos y oscuros, tan falsos brasileños como lo era Azevedo. Yo los veía, con el rabillo del ojo, deambular en torno a nosotros, ocupar mesas cercanas, surgir donde menos se preveía… También captaba, a veces, destellos de luz en algún cuerpo bruñido, perdido en cualquier lejano rincón. Sabía qué era lo que ocasionaba aquellos reflejos: binoculares potentes o cámaras tomavistas provistas de teleobjetivo. La red estaba tendida. Y en ella, yo era la araña, ahora. Y Kristina Berger, la mosca.

Pero en cualquier momento, ambos podíamos convertirnos en moscas, y morir a manos de la más poderosa alimaña que existía sobre esa red: el Escuadrón Negro.

Mi regreso al club Náutico y mi charla con Kristina, tuvieron lugar mientras hacía funcionar mi cerebro vertiginosamente, en busca de una solución de máxima emergencia que me permitiese salvar la vida de la muchacha rubia, y ganarme, de paso, la confianza de los nazis.

No era nada sencillo. Aquel primer paso para entrar en la organización que *sir* Hugh imaginaba mezclada directamente en la resurrección de Hitler, constituía un terrible problema.

Yo no podía matar a una mujer joven y hermosa, a sangre fría, y menos aún, sabiendo que era una de los nuestros. No podía avisarla para fingir algo que convenciera a todos. No podía darle un mensaje escrito, porque ellos lo verían inmediatamente, y eso sería nuestra doble sentencia de muerte.

Nunca imaginé que, al regresar al acuario y ver de nuevo a Kristina, ésta se manifestara tan fácil a una aventura amorosa. Interiormente, pensé en lo irónico de la dramática situación, pensando si no sería todo eso un juego de ella, para ganarse mi confianza, siempre imaginando que yo era Clifford Chase, un nazi convencido y peligrosísimo…

Sí, sin duda ése era el secreto del fácil romance con la bella *fraulein* Berger. Estaba poniendo en juego sus encantos femeninos para obtener éxitos profesionales como agente al servicio de Su Majestad. Era curioso que yo no pudiera advertirle del peligro que

corría. Ni de mi propia personalidad.

Miré disimuladamente mi reloj, cuando mis manos acariciaban el rostro cálido de Kristina, sin que pudiera entregarme totalmente al momento apasionado que vivíamos entre los arbustos del jardín en estos momentos, tras bailar al borde de las bellas piscinas del Marineira Club.

Las doce y diez minutos… Sólo veinte minutos más tarde, y ella tendría que haber muerto a mis manos. Era irreversible. Tenía que matarla.

La maté.

A las doce y treinta minutos, exactamente. Quizá faltase un minuto, pero no más. Fui extraordinariamente puntual en mi misión.

Poco antes, me había despedido de ella con unas pocas palabras, tan oscuras y enigmáticas para ella, sin duda, que me miró con ojos absortos, como si no me comprendiese.

—Lo siento, Kris —le dije—. Debo decirte adiós ahora.

—¿Adiós? —había murmurado ella, con cierta sorpresa—. No me gustan las despedidas, Ed.

Porque, para todos, yo era todavía el ciudadano británico Edward S. Lee, y no Clifford Chase. Y, desde luego, ni remotamente podía ser para nadie, en Río, el agente secreto de Su Majestad, Desmond Serling, en misión especialísima en Brasil. En la más extraña misión imaginable, como dijera *sir* Hugh, allá en Londres, en las dependencias ultrasecretas del *Intelligence Service*.

—Siempre hay que despedirse, cuando uno se separa de alguien, ¿no? —Había sonreído yo, algo evasivo.

—Sí. Pero me gusta más decir: «Hasta luego, hasta mañana»… o cosa parecida. Nunca decir «adiós». Implica despedida definitiva. Como si no volviéramos a vernos jamás, Ed.

—En ese caso… hasta siempre Kris —le respondí yo.

—Hasta siempre… —ella asintió despacio—. Sí, está mejor. Mucho mejor… ¿Tú… tú sabías, Ed… que mi padre… fue un traidor a nuestra causa?

La miré. Era extraño su cinismo. Claro que lo sabía. Erik Berger fue un traidor al Tercer *Reich* y a la causa nazi. Todo el mundo lo sabía. Como todos sabían que su hija, Kristina, había jurado borrar esa mancha con su comportamiento, al servicio de los ideales que su

padre, a última hora, traicionara.

Y, sin embargo, me habían dicho todo lo contrario. Precisamente los nazis más leales y adictos a su causa, como lo era Heinrich Vogerstein, bajo su falsa identidad de Joao Azevedo, me habían informado ya de que era una traidora también ella. Kristina Berger era la agente doble por excelencia. La que, fingiendo servir a los nazis, colaboraba con el Servicio Secreto británico. Éramos, por tanto, camaradas, compañeros en la misma lucha.

Y yo debía matarla. Era la orden. Debía ejecutarla… o ambos seríamos ejecutados sin pérdida de tiempo. Así son las cosas, en este oficio mío.

Ni siquiera podía advertirle de ello. No podía ponerla en alerta. No podía decirle la verdad, hacer algo por salvar su vida.

Nada, excepto matar. Usar un arma mortal. Apretar un gatillo, y dirigirle a ella un proyectil.

Eso es lo que hice. Justamente al filo de las doce treinta. Disparé un arma. El proyectil la alcanzó de forma matemática. Con fría precisión. Yo nunca fallaba un blanco, a aquella distancia…

La vi oscilar, agitar sus brazos, tambalearse al borde del gran acuario destinado a los delfines, en el edificio central de la instalación subacuática de Marineira. Había sido el lugar elegido.

Cayó al agua, con un sordo chapoteo. Creo que ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Sencillamente, se hundió en las aguas, bajo las instalaciones para los juegos siempre sorprendentes de los delfines, en la fría desnudez solitaria del pabellón del delfinario a tales horas.

—Misión cumplida —dije, con mi boca pegada al micrófono del botón de mi solapa—. Kristina Berger ha sido ejecutada.

Y contemplé, con ojos helados, mi pistola recién disparada sobre la hermosa muchacha rubia que ahora yacía en las aguas del delfinario.

Cuando me levanté de la cama, era todavía muy pronto.

No me había sido posible dormir. Era difícil, en las actuales circunstancias. Miré con ojos aturdidos al ventanal del hotel. Se filtraba una luz azulada entre las cortinas. Debía de estar amaneciendo. Miré mi reloj.

Sí. Eran solamente las cinco menos veinte minutos. Y sin embargo, no tenía sueño, aunque sí cansancio. Habían sido muchas

las emociones vividas últimamente. La llegada a Río, mis contactos con los nazis… mi breve romance amoroso con Kris… y la muerte de ésta, a medianoche, en el desierto delfinario.

La muerte…

Sacudí la cabeza. Me lavé y me aseé en pocos momentos. Estaba afeitándome cuando sonó el teléfono interior. Lo miré, pensativo. Había muchas cosas pendientes todavía. Cosas difíciles. Problemas graves. Mi vida estaba en una cuerda floja, lo presentía.

Fui al teléfono. Lo descolgué.

—¿Sí? —pregunté, seco, mientras detenía mi afeitadora eléctrica de pilas.

—¿Señor Lee? ¿Edward S. Lee? —preguntó una voz grave.

—El mismo —asentí—. ¿Quién llama?

—Soy un amigo. Pero usted no me conoce —sonó una voz chirriante—. Mi nombre es Werner. Rolf Werner, ¿entiende?

—Creo entender, sí —afirmé, con mis nervios tensos—. ¿Ocurre algo?

—Cada día ocurre algo en el mundo —creí oír una breve risita —. ¿Sabe que encontraron un cadáver en el delfinario?

—¿Eh? —Me puse rígido—. ¿Un cadáver? ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Nada, supongo. Pero había un cadáver en el fondo de las aguas. Una mujer rubia. No era fácil identificarla. Tenía una herida de bala en la cabeza. Lo peor es que, durante ciertas horas, en el delfinario pululan una serie de peces carnívoros, hasta que, a primera hora de la mañana, los empleados los recogen, para limpiar las aguas, renovarlas, y preparar todo para las exhibiciones de los delfines.

—¿Qué tiene eso que ver con todo lo que me está diciendo? —Me impacienté.

—Muy sencillo, señor Lee. La rubia joven que yace en el fondo, fue desfigurada por los peces carnívoros. Es algo que ocurre a veces. Se supone que la víctima es la señorita Kristina Berger. Sí: *fraulein* Berger, una bella muchacha compatriota mía… La asesinaron. Y los peces malditos hicieron el resto. Ahora, la policía de Río está investigando eso. Tal vez usted necesite una coartada, señor Lee.

—¿Una coartada? —Sentía un raro estremecimiento interior—. ¿Por qué motivo? Yo no tengo nada que ver en eso…

—Mucha gente recordará que usted acompañaba a *fraulein* Berger anoche… —me recordó mi comunicante—. Pero claro, nadie puede saber si usted estaba con ella entre doce y una, que es la hora que el forense ha fijado para su muerte. Por tanto, deberá recordar muy bien que, entre once y media de la noche y dos de la madrugada pasada… usted jugaba a naipes conmigo y con *herr* Kurt Vogens.

—¿Con quién? —exclamé, asombrado.

—*Herr* Kurt Vogens. Y yo mismo, su buen amigo *herr* Rolf Werner. Estuvimos juntos todo ese tiempo, no lo olvide. Nosotros, desde luego, podemos jurarlo. Y así lo haremos constar ante la policía brasileña…

—Sí, entiendo —asentí, ceñudo—. Ya había olvidado todo eso. Naturalmente, estuvimos jugando a cartas los tres juntos. ¿Qué juego era, por favor? ¿Póquer, baccará…?

—Póquer, naturalmente —rió el hombre del teléfono—. Bien, señor Lee, ha sido un placer saludarle de nuevo. Lamento que su amiga, la señorita Berger, haya muerto… Son cosas que ocurren. No podemos hacer nada por evitarlas, claro está…

—No, no podemos hacer nada por evitarlas… —admití, pensativo.

Colgó. Colgué yo también, lleno de perplejidad. Algo raro estaba sucediendo. Me hubiera gustado saber lo que era… Las cosas distaban mucho de estar claras. Era obvio que mi comunicante y su amigo, *herr* Vogens, preparaban una coartada para mí. Debían ser miembros del Escuadrón Negro de Heinrich Vogerstein, pero ¿qué diablos estaba sucediendo realmente en Río?

—No puedo comprenderlo… —murmuré—. Yo NUNCA maté a Kristina Berger… Yo usé solamente balas narcóticas, una especie de proyectiles misericordiosos con ella, gracias al arma especial de que me dotó el Servicio Secreto, por si surgía un imprevisto… Por lo tanto… ¿de quién es el cadáver hallado en el delfinario… y quién lo puso allí?

La respuesta me llegó a mis espaldas súbitamente:

—Yo puse ese cadáver en el delfinario.

Giré la cabeza, sobresaltado, temiendo lo peor. Quizá hablar en voz alta era lo último que debía hacer un agente secreto. El hecho de no llevar ahora el botón-emisor, dado que vestía en mangas de

camisa —y mi chaqueta estaba prudencialmente alejada de mí, en un armario ropero—, no me permitía tales errores.

Contemplé, asombrado, el arma provista de silenciador que me apuntaba.

Y, sobre todo, a la increíble persona que la esgrimía.

CAPÍTULO II

—Sí —afirmó ella—. He sido yo. El cuerpo de Kristina Berger es obra mía…

Ella. Porque era una mujer. Una extraña mujer.

Contemplé, absorto, su piel oscura, entre cobriza y broncínea, con matices de suave ébano. No era negra. Pero sí mestiza. Con una mezcla indescriptible de razas en su sangre. Algo blanco, algo criollo, algo negro.

El resultado era aquello. Aquella estatua viva, palpitante, de carne oscura, puro bronce, cobre o ébano viviente, según los reflejos de la luz en su rostro de carnosos labios, ojos algo rasgados, bajo la melena rizosa, a lo Angela Davis, o en sus brazos desnudos, en sus muslos tersos, visibles bajo el *short*, en su pecho firme bajo la blusa descotada, color plata.

En su mano bronceada, esgrimía una pistola automática con tubo silenciador al extremo del cañón. Me apuntaba con ella. Su pulso no vacilaba. Sus dedos, largos y sensitivos, eran muy firmes. Evidentemente, sabía lo que se hacía. Y, llegado el caso, sabría también disparar. Eso no parecía asustarle lo más mínimo.

—¿Quién eres? —pregunté, seco—. ¿Cómo has entrado aquí?

Me sonrió, irónica, con sus labios sensuales. Mostró en su mano una llave maestra especial. Luego, se acomodó sobre el borde de una butaca.

—No era difícil —dijo—. Llegué a oírle hablar por teléfono. Y escuché sus comentarios. Eso es algo imprudente, ¿no cree?

—Lo es —admití—. ¿A quién sirves? ¿Al Escuadrón Negro?

—¿Parezco un nazi? —rió entre dientes, con desafío.

—No, supongo que no —suspiré—. Ellos no gustan de convivencias raciales. Pero ¿quién eres, en tal caso?

—Mi nombre te dirá poco. Soy Iris Creóle. De Trinidad.

—Creóle… —repetí—. Eso significa «criolla»…

—Soy criolla —afirmó con orgullo—. No me avergüenza tener sangres diferentes en mis venas. Es algo más lo que puede hacernos mejores o peores, señor Lee…

—En resumen: no eres nazi. ¿A quién sirves?

Ella miró en torno, preocupada. Parecía pensar en algo. Me señaló al cuerpo, con su mano zurda. Vi cómo dibujaba luego una especie de pequeño círculo sobre su pecho izquierdo, con la punta del dedo. Entendí. Sacudí la cabeza negativamente.

—El botón está en mi chaqueta —dije—. La colgué en el ropero. Bajo otras prendas… Y el ropero está cerrado…

Ella se echó a reír suavemente.

—Siempre usan esos trucos —dijo—. Es un potente emisor. Pero no lo bastante para cruzar puertas y ropas… y esa distancia. Debe llevarse encima para ser útil a los escuchas.

—¿Cómo sabes eso? —Quise averiguar.

—Conozco sus procedimientos —se encogió de hombros. Luego, con indiferencia, metió su mano zurda entre la blusa plateada y extrajo de su descote un objeto diminuto, que tiró a mis manos—. Mire, eso, señor Lee —dijo, indiferente.

Recogí en mi mano lo que me lanzara. Era una especie de adhesivo, capaz de pegarse a cualquier cosa, incluida la piel humana. Un plástico color ocre, fácil de confundir con su piel, y con todo el aire de un adhesivo sanitario. Pero a contraluz, y utilizando la lupa que ocultaba yo en mi encendedor, pude descubrir un microfilme nítido.

Era la reproducción de un documento oficial y ultrasecreto y que yo conocía perfectamente: una credencial especial del *Intelligence Service*, para sus miembros, destacados en el extranjero:

IRIS CREÓLE. Trinidad.
Agente Especial
BK-099.
Departamento Servicios Extranjeros. Máxima Eficiencia.

La miré luego, realmente sorprendido. Y admirado, lo confieso. Pertenecer al reducido grupo especialísimo de la «máxima eficacia en el Extranjero», implicaba muchas cosas. Entre ellas, poseer dotes excepcionales, fuera de lo corriente.

—Vaya… —murmuré—. La felicito, agente
BK-099
—dije—. Parece ser usted una auténtica joya de los Servicios Secretos de Su Majestad…

—Lo mismo que usted, —señor Desmond Serling— me replicó ella, sonriente.

Era la mejor prueba de su personalidad y de su importancia en la red del Servicio de Inteligencia británico. Sinceramente… yo nunca había visto a una agente de Máxima Eficiencia. Y, desde luego, la última persona a quien hubiera esperado ver como tal, hubiera sido justamente ella.

Ella, Iris Creóle. Una criolla de Trinidad. Una mujer de color.

Además, una mujer hermosa. De esa extraña, cálida y candente hermosura de los trópicos. Una hembra de piel oscura y de formas espléndidas. Alta, esbelta, felina y maliciosa. Así me lo parecía la singular Iris Creóle, de Trinidad.

—De modo que sabe quién soy yo… —murmuré lentamente.

—Lo sé —afirmó ella, rotunda—. Es usted Desmond Serling, agente especial del Servicio de Inteligencia de Su Majestad británica, lo mismo que yo. Y estamos aquí por una misma razón: el «Arma XZ». Es decir, la más extraña misión del mundo, según cierta persona, que está por encima de nosotros, ¿no le parece?

Era toda una clave. Una contraseña evidente, que yo no podía confundir. Ella conocía a *sir* Hugh. Y a mí. Yo, en cambio, hasta entonces, nada supe de ella. Ni del agente
BK-099,
ni de una muchacha de color, elástica y felina, astuta y, sin duda alguna, muy inteligente, a juzgar por las apariencias. Y por su condición especialísima, al servicio de Su Muy Graciosa Majestad.

—Sí —admití—. Es la más extraña misión… Ahora empiezo a estar seguro de que ambos somos camaradas, realmente, en este feo asunto…

No había terminado de decirlo, cuando se abría la puerta y aparecían ellos.

Un disparo seco, ahogado por un silenciador, arrancó de manos de la mestiza de Trinidad el arma que esgrimía. Se quedó inerme frente a ellos. Con sus oscuras manos desnudas.

Yo, ni siquiera pude moverme.

—*Achtung*! —gritó uno de ellos roncamente, al apuntarme—. Un gesto más, un movimiento, *herr* Lee… y es hombre muerto. Están ustedes perdidos. Los dos…

Me quedé mirando a los dos hombres surgidos inesperadamente del cuarto vecino al mío, en el que, sin duda, habían logrado desconectar el cierre, de la puerta de comunicación con el mío propio.

Eran dos de ellos. Bastaba verlos. Rostros duros, angulosos, ojos azules y fríos. No importaban sus ropas claras, tropicales. No eran las gabardinas o impermeables de la Alemania de los años cuarenta. Pero no importaba. Parecían tener grabadas las siglas de las SS en sus rostros. O el aire cruel y deshumanizado de la Gestapo en sus miradas.

Habían descubierto nuestro secreto. Sabían que éramos enemigos. Agentes británicos. Y además de eso… estábamos en su poder.

—Vamos, Henz —dijo uno de ellos a su compañero, en alemán—. Terminemos con ambos. No vale la pena interrogarles. Ahora ya sabemos lo que Inglaterra está haciendo por evitar lo inevitable. El *Führer* nos lo va a agradecer…

Vi sus armas silenciosas. Apuntaron a la criolla de Trinidad. Y a mí.

Imaginé que era el final. El final para nosotros dos.

Era mala cosa morir. Pero también era irritante hacerlo sin cumplir la misión. Con la posibilidad de que mi muerte significase, a la vez, el fin de todas las islas Británicas, en muy corto plazo…

Sí, todo eso era malo. Pasó por mi mente, en una décima de segundo, cuando los dos miembros de la poderosa organización nazi, radicada en Brasil, venían hacia nosotros. Mi ficción estaba descubierta. Ya de nada servía disimular. También Iris Creóle iba a perecer conmigo. Y eso me parecía injusto. Ella podía ser miembro del departamento de Máxima Eficiencia, pero, a fin de cuentas, era mujer. Y una mujer no debería morir así, tan estúpidamente. Tan inútilmente…

Y, sin embargo…

Sin embargo, ocurrió lo imprevisible. Entonces, justamente entonces, empecé a comprender lo que significaba ser un miembro de Máxima Eficiencia. Iris me hizo la demostración más completa

que podría imaginarse. Y la más increíble.

Sus brazos y piernas se dispararon como si fuesen muelles oscuros y en tensión latente. Su cuerpo se convirtió en algo vertiginoso, que ni siquiera parecía humano. Cada miembro suyo era una especie de mecanismo en funcionamiento fulgurante. Jamás había visto, ni creo que veré, armonía ni sincronización semejantes. Tampoco contundencia parecida en sus efectos.

Resulta difícil, muy difícil en realidad, incluso para un cinturón negro de karate, desarmar a dos expertos en el manejo de las armas, cuando éstos llevan consigo una pistola presta a disparar. Son profesionales que se remueven en décimas de segundo.

Aun así, ella lo logró. Increíble, inverosímilmente. Pero lo logró. Era una especie de fabulosa pantera negra, todo elasticidad, todo felina arrogancia y agilidad, brincando, moviéndose en el aire, desplazándose como un torbellino. Pero sin precipitaciones. Sin alardes inútiles ni pérdidas de tiempo o de energías.

Vi saltar las armas de fuego por los aires, vi a ambos hombres dar tumbos, con un doble jadeo. Desarmados ambos, y alcanzado uno de ellos, fatalmente, en plena garganta, por una de las manos precisas de la karateka negra, Iris Creóle.

Debió quebrar en seco su tráquea. Le vi oscilar, con ojos desorbitados, la boca abierta, en busca de aire, sus manos desnudas de armas, cayendo de bruces. El otro, su compañero, también desarmado, recibió, en cambio, un golpe seco con el pie de Iris, en pleno hígado. Cayó dando volteretas, con un aullido ronco.

Pero mientras su compañero moría en el acto, víctima del impacto mortal del filo de la oscura mano de Iris Creóle, él solamente estaba aturdido. Y era un fuerte, atlético germano, de facciones puramente arias, que apenas un segundo después se incorporaba… esgrimiendo, en vez de la pistola, un chato pero afilado cuchillo, que enarboló para arrojar sobre la muchacha de color, con rapidez y contundencia mortales.

Aun con toda su felina rapidez de auténtica pantera humana, Iris no hubiese podido evitar la muerte segura que se le venía encima, de manos del segundo de los miembros de las nuevas SS existentes en aquella hermosa ciudad brasileña, tan diferente en clima y latitud al frío y tétrico Berlín de los tiempos nazis.

Entonces intervine yo. Era lo menos que podía hacer.

Nunca iba realmente desarmado. Hubiera sido un error por parte de *sir* Hugh, del *Intelligence Service*… y de mí mismo.

Podía parecer que no llevaba armas encima. Era sólo apariencia. Lo cierto es que, aunque tenía no lejos de mí una de las pistolas con silenciador de los agentes nazis, utilizarla, intentar siquiera alcanzarla, era un riesgo demasiado grande. No había tiempo casi para salvar a Iris de lo que significaba aquel cuchillo, ya virtualmente lanzado hacia su cuerpo elástico y magnífico.

Por ello recurrí a mis armas secretas. A uno de los medios de emergencia, dispuestos por los expertos de *sir* Hugh para nuestra seguridad personal.

Sencillamente, solté la hebilla de mi cinturón, ancho y aparentemente normal. La hebilla era un arma de muerte. La lancé sobre el único miembro viviente de la pareja de agentes nazis metidos en mi habitación del hotel.

La hebilla, en realidad, no era solamente eso, sino mucho más de lo que aparentaba.

Su forma ovalada se convertía en un proyectil vertiginoso, rectilíneo. Su pieza para insertar en los ojales del cinturón, en una pequeña y extraña saeta, aguda y centelleante.

Por el camino, apenas lancé la hebilla, la púa central se desprendió, accionada por un resorte que movían unos sistemas electrónicos diminutos, a toda velocidad. Cayó el resto de la hebilla. La púa, como un dardo mortal, alcanzó su objetivo.

Se clavó, vibrando con raro silbido, en el rostro mismo del agente de las SS neonazis. Él chilló, al notar la profunda penetración de la ancha aguja acerada. No sabía, quizá, que era la muerte. Pero lo era.

El veneno poderoso, inmediato, de acción fulminante, que contenía aquel dardo especial, hizo su efecto súbito en la víctima. Le vi aullar, retorcerse, desorbitar sus ojos… Se puso amoratado su rostro, boqueó, trató en vano de hacer algo con el cuchillo, que había caído ante él, completamente paralizados sus dedos, y finalmente boqueó, cayendo de espaldas, con el rostro petrificado.

Estaba muerto.

Respiré con fuerza. Miré a Iris Creóle. Ella me miró a mí.

—¿Está…? —comenzó preguntando, roncamente.

—Sí —afirmé—. Muerto. Tú entiendes de esto. No podemos

tener piedad. Nadie la tiene con nosotros. Hay que estar siempre alerta. Pero confieso que fallé. Si no es por ti, estaríamos muertos los dos.

—Y si no es por ti… estaría muerta yo —sonrió ella.

La miré. Me miró. Era un juego natural y lógico. Ambos sabíamos lo que estaba en juego. Y lo que acabábamos de salvar.

—De todos modos, Iris… hay mucho por aclarar aún —dije.

—Sí —convino ella—. Mucho… Pero antes, hay que deshacerse de esos dos cadáveres.

Y tenía toda la razón.

—¿Qué clase de veneno es?

Me encogí de hombros. La hebilla de mi cinturón, completa, volvía a estar en su sitio. Y, además, presta a ser utilizada de nuevo, llegado el caso.

—Nunca lo supe —dije—. Ni quizá lo sepa. No soy químico. Es una sustancia especial. Soporta todo contacto con el aire. Y roces, desgastes casuales… Todo. Hay que tener mucho cuidado en no herirse con el metal. Es la única parte negativa. Apenas toca la epidermis y se clava en ella… inocula el veneno en la sangre. No tiene remedio. Es muy rápido. En suma, un arma temible… para todos. Creí que la conocías.

—Yo no uso armas de ese tipo —rechazó Iris Creóle, sonriente—. Me basta con mi kárate. Y con mis armas convencionales. Pero siempre hay fallos. Esta vez no hubiera bastado. Debí matar a ambos, con mis golpes. Pude hacerlo.

—Estoy seguro de eso —la miré, fijo—. ¿Te produce escrúpulos de conciencia la muerte de los demás?

—Si la provoco yo, sí —confesó amargamente—. Por eso trato de evitar muertes inútiles.

—En este caso, haces mal. Es un asunto feo. Ellos no dudarán nunca en matar. Sólo se trata de ser más rápidos, y evitarlo. Es la única posibilidad.

—Sí, te creo —sonrió de nuevo, ampliamente. Tenía un raro encanto. Aquella criatura tropical era una rara mezcla de femineidad suave y de atractivo latente, bajo su ardiente piel morena—. La próxima vez no habrá error. Mataré.

Sacudí la cabeza. Quería entenderla. Y creo que lo lograba, en parte.

—Matar no es agradable —admití—. Pero tampoco lo es nuestro trabajo. Ni el de ellos. Piensa que están muchas otras vidas en juego. No las nuestras, sino las de todo Inglaterra, tal vez. Aunque no sé si te interesa Inglaterra, salvo que cobras de su Tesoro, por supuesto…

—Desmond Serling, quiero que sepas algo sobre mí: nací en Trinidad, pero mi madre era de las Bermudas. Y mi padre era inglés. De Southampton. Mi abuelo materno era de las Bahamas. Mi abuelo paterno estuvo en la India. Y era de origen oscuro también. Quizá era hindú, no sé. Sea como fuere, me debo a Inglaterra.

—Ya veo —asentí—. Bahamas, Bermudas, India colonial, Inglaterra… Inglesa por todas partes. Y, además, nacida en Trinidad… No, no puedo poner en duda tu origen. ¿Qué suponen aquí, que eres brasileña?

—Lo creen todos —rió de buen grado—. Hablo bien el brasileño, y eso sirve. Ahora que ya nos hemos deshecho adecuadamente de esos dos cadáveres inoportunos, ¿no temes que alguien sospeche tu identidad?

—Puedo correr el riesgo —me encogí de hombros y la miré, fijo —. Lo cierto es que yo, anoche, disparé balas misericordiosas contra una mujer a quien debía asesinar. Es decir: narcoticé a una mujer a quien se suponía que debía matar. Luego, volví al delfinario donde la hice caer. La saqué del agua, y conduje su cuerpo a un lugar donde un agente especial de nuestro Servicio Secreto pudiera hacerse cargo de su persona, devolviéndola a Londres o adonde fuese, y buscando un medio para hacer creer a los nazis que Kristina Berger estaba muerta. Era mi única salida. Aquí hay un agente que debe ocuparse de cosas así. Sé dónde localizarlo. Y lo hice. Dejé el cuerpo inconsciente de la joven *fraulein* Berger, con instrucciones adecuadas. Esta mañana, supe que un cuerpo había sido puesto en el fondo de la piscina por alguien, y parecía el de la Berger, aunque los peces habían desfigurado su rostro. Hace un momento, creí oír que tú eras la responsable de tal juego…

—Es cierto —sonrió ella suavemente—. Kristina Berger está en poder del agente especial británico
BF-075.
No sé su nombre. Creo que no debemos saberlo, para evitarle problemas. Es el último recurso en Brasil, si vienen mal dadas. Se

ocupó de la víctima. Y me encargó que pusiera un «doble» en la piscina, con el rostro destrozado. Es todo.

—¿Quién era ese «doble»? —quise saber.

—Eso… nadie lo sabe —se encogió de hombros—. Ni siquiera yo, Serling. Me limité a recoger un cuerpo, que puse en el delfinario. Pero dime algo: ¿usaste un arma propia para fingir la muerte de Kristina Berger?

—Sí. Llevo dos pistolas diferentes: una normal, y otra de balas narcóticas. La adormecí, fingiendo un crimen. Ellos oyeron el disparo por mi botón-emisor. Creo que luego verían que salía del delfinario, vigilarían con potentes prismáticos para ver el cuerpo flotar en el agua… Sé lo que una persona normal resiste en las aguas, sin respirar. Volví rápidamente, vistiéndome de oscuro, con una prenda especial de plástico que llevo conmigo, y se ajusta a mi cuerpo como una malla. Nadie pudo verme, porque apagan el delfinario a las doce y treinta, aproximadamente, y ellos contaban con eso, para dejar el cadáver de la muchacha en el local, sabiendo que los peces carnívoros son soltados a las aguas del gran estanque de delfines, adonde de mañana les arrojan carnada… Esta vez no hizo falta. Tuvieron carnada especial, por lo que veo. Pero lo cierto es que yo retiré a Kristina Berger, inconsciente, pero viva. Le amordacé y ligué con cintas especiales adhesivas, para evitar cualquier problema, si volvía en sí. Estaba viva y sin problemas, aunque no consciente. La entregué a
BF-075
en el lugar señalado de antemano para una emergencia, y volví al hotel, acostándome. Esta mañana, la noticia del hallazgo de un cadáver de mujer, joven y rubia, me ha sobresaltado, forzosamente. ¿Era necesario ir tan lejos?

—Eran mis instrucciones, apenas informé, al vigilarle, de que habías cumplido una supuesta ejecución. No te sientas culpable de nada. La víctima era una mujer muerta en un accidente vulgar, en una carretera. Solamente tuvimos que ponerla en una piscina de agua salada, con peces carnívoros. Es cruel, pero todo está justificado, en circunstancias así. Una vez obtenido lo que queríamos, el cadáver fue puesto en el delfinario. Ahora, todos saben que cumpliste tu misión. Serás un fiel nazi. Esos dos agentes de las nuevas SS del Escuadrón Negro no podrán informar a nadie

de nada. Están muertos. Creo que me vigilaban a mí, no a ti, Serling. De modo que fue error mío. Tendré mucho más cuidado, en el futuro, no lo dudes.

—No lo dudo —admití secamente—. Cada vez se hace más difícil moverse aquí. Buscarán como locos la razón de que hayan desaparecido dos de sus hombres… Y más, después de la llamada que me hicieron… Si llegan a saber que estuviste aquí…

—Tendrán que saberlo, cariño —dijo ella, risueña, con una suave carcajada. Se aproximó a mí, con andares lentos, cadenciosos, turbadores. Su cuerpo oscuro era una auténtica vibración, un juego sensual de candente explosividad. La miré. Estudié con asombro y sorpresa sus formas, sus curvas, sabiendo que me sería imposible eludir el choque, el impacto con su tremenda carga de sensualidad.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, desorientado.

Ella me miró con fijeza. Sus labios carnosos se abrieron, en una sonrisa seductora.

—Tendrás que convencerles de algo… Tendrás que decirles que una criolla seductora vino aquí y te entretuvo… mientras alguien, a nuestras espaldas, se deshacía de mis guardianes… Estoy segura de que nadie te culpará de nada, compañero. Pero tienes que llegar hasta el fin… Convencerles de que, realmente… una criolla muy peligrosa… se burló de un inglés traidor, muy astutamente…

La entendí. Me presté al juego.

De todos modos, creo que me hubiera prestado igual. La fuerza de persuasión de Iris Creóle, en determinados casos, iba mucho más allá de lo imaginable…

CAPÍTULO III

—Sí, lo entendemos muy bien… Iris Creóle… Es una maldita mujer. Pero está llena de encantos… Y todos creen que es brasileña. Se hace pasar por nativa… Oh, Chase, ¿cómo pudo caer en esa trampa?

Miré fijamente a mi interlocutor. Me encogí de hombros, sin tratar tampoco de mostrarme demasiado ingenuo. Eso podía despertar sospechas. En vez de ello, reí cínicamente.

—Me hubiera gustado verle a usted en mi lugar, *herr* Vogerstein —repliqué—. Sí, me hubiera gustado verle…

—Azevedo —cortó él, seco—. Llámeme siempre Azevedo, recuerde. Ya se han cometido demasiadas imprudencias, en poco tiempo…

—Lo siento —apreté los labios—. No acostumbro a ser imprudente. Pero me gustan las mujeres. Y el hecho de que sea nazi en ciertas cosas, no me exige que sea racista a ultranza, señor Azevedo.

—Está bien, está bien —cortó fríamente con un gesto de su mano—. Lo entiendo bien. No le culpo de nada. Hizo su trabajo. Muy bien. Quizá demasiado bien, incluso. Mató a Kristina Berger. ¿Lo hizo con su arma habitual, tal vez?

—Tengo dos armas —eludí secamente—. Creo que utilicé la segunda…

—Ya —se frotó el mentón—. De todos modos, lo hizo. No puedo acusarle de error, por tontear con una mestiza atractiva. Es cosa suya. Pero esa mujer no era brasileña. Es Iris Creóle, de Trinidad. Un agente del enemigo. Una inglesa, leal a Su Majestad, ¿entiende?

—Entiendo. Pero me temo que un poco tarde, señor —acepté, algo humilde.

—Sí, un poco tarde —convino él, con acritud—. De todos modos, espero que eso no altere demasiado nuestros planes.

Sabíamos que Iris Creóle anda metida en esto. Es una mujer endiabladamente hábil, y carente por completo de escrúpulos. Tenemos evidencias de que estuvo cerca del delfinario, anoche.

—¿Es posible? —Me estremecí, fingiendo un asombro que no existía, salvo por el hecho de que los nazis sabían bastante más de lo que yo imaginaba, y eso siempre era peligroso. Si sospechaban que Kristina Berger estaba viva, y en buenas manos, en vez de convertida en un cadáver irreconocible, a causa de las mordeduras de voraces peces carnívoros, yo estaría totalmente perdido. Sobre todo, si descubrían que poseía un arma de proyectiles narcóticos, incapaz de matar ni a una mosca.

—Es posible, sí —convino el jefe de célula en Río. Me miró fríamente, de un modo raro, y me soltó de súbito la pregunta, cogiéndome casi desprevenido—: Chase, ¿qué arma utilizó usted para ejecutar a Kristina Berger?

Sentí un sudor helado en las palmas de mis manos. Pero mantuve la serenidad y respondí, muy calmoso, como indiferente:

—La mía habitual en esos casos: una «Luger» calibre 44. Con silenciador, claro. ¿Quiere verla?

—No, no hace falta —parecía desorientado por algo. Me estudiaba con una fijeza inquietante, como si algo no estuviera totalmente claro para él—. ¿Está seguro de eso? ¿No cambió a última hora de arma?

—No. ¿Por qué lo pregunta? —Sentía tensos todos mis nervios.

—Por nada —suspiró, sacudiendo la cabeza—. Después de todo, cumplió su misión. No podemos reprocharle que Iris Creóle estuviera vigilándole, y luego hiciera uso de sus encantos femeninos para envolverle en sus redes. Lo cierto es que dos de nuestros hombres, que teníamos destinados a protegerle a usted, Chase, a prudencial distancia, han desaparecido. Mucho me temo que esa mestiza esté metida en el asunto.

Era gracioso que él llamara «protectores» míos a quienes a punto estuvieron de liquidarnos a Iris y a mí. Azevedo y su gente tenían una forma muy peculiar de manipular las cosas a su gusto. Pero a mí no podían engañarme en aquel doble juego, porque yo también jugaba mis bazas con cartas marcadas. Mientras ellos no supieran esto, todo iría bien.

—¿Cree que ella pudo verme, presenciar de alguna forma la

ejecución de la Berger? Yo juraría que no me vigilaba nadie… Y no soy un novato en estas lides.

—Lo sé, Chase. Quiero creer que no le vio, pero sí que sospecha de usted. Tendremos que actuar deprisa. Le alejaré de esa mestiza inmediatamente, no lo dude. Y también de Río de Janeiro.

—¿De Río? —dudé—. Si apenas acabo de llegar…

—No importa. Aquí no va a sernos útil, ahora. En cambio, sí podrá serlo en otro lugar, adonde va a ir destinado inmediatamente, de la forma más secreta posible.

—¿Adónde? —quise saber.

—A Inglaterra —sonrió el falso carioca—. ¿Le complace saberlo?

—No, en absoluto —negué—. No me complace volver allí. Soy demasiado conocido, y siempre corro peligro en las islas…

—No importa. Evitaremos riesgos, no lo dude. Va a ir a Inglaterra. Una vez allí, se hará cargo de una nueva misión. Su naturaleza le será desconocida por completo, hasta el momento mismo de ejecutarla, ¿ha comprendido?

—Pensé que sería útil en Brasil, no en mi país… —comenté, algo malhumorada mi expresión, como si aquel viaje de retorno a las islas me irritara sobremanera; lo cierto es que un hormigueo de excitación me invadía. Podía ser el principio de algo definitivo. Lo intuía.

—No tiene que pensar, Chase. Otros lo hacen por usted. Limítese a obedecer. Y a tener paciencia. Puede que se vea mezclado en el más grande asunto de toda una época… Es todo lo que puedo decirle. Irá acompañado, por supuesto. Por dos de nuestros mejores agentes, en la actualidad. Esta noche tendrá nuevas y definitivas instrucciones. Hasta entonces, procure no moverse del hotel. Y mantenga el botón de la solapa siempre consigo, cerca de usted. Eso le permitirá comunicarse con nosotros, en todo momento.

Asentí. También eso les permitiría a ellos controlar mis conversaciones, y muchos otros detalles.

—No lo olvide —me dijo gravemente—. Esta noche. Hasta entonces… paciencia. Puede sernos muy útil, si sigue las órdenes al pie de la letra, Chase. Pero cualquier desobediencia, cualquier iniciativa propia, sin contar con nosotros… significaría su muerte, no lo dude.

No lo dudaba. Conocía bien la clase de gente con quién estaba

mezclado.

Ellos eran mis compañeros de viaje a Inglaterra.

Les contemplé, sorprendido, tras hacerse las presentaciones. Jamás hubiera imaginado tal cosa. Esperaba verme con dos hombres de las nuevas SS clandestinas, o algo parecido. Pero nunca con aquellos dos agentes.

Uno era una mujer. Morena de cabello, ojos pardos, boca apretada y fría, belleza glacial y hermética, vestida de oscuro y con expresión fanática. La acompañaba un segundo agente.

Un niño.

Era realmente un niño. Muy rubio, de cabeza singularmente desarrollada, de ojos muy azules, muy claros, muy fríos y extraños. Parecían los ojos de un adulto, en el rostro pecoso y ancho de un saludable niño germano. Me recordó los tristes ejemplares de las Juventudes Hitlerianas. Y la semejanza me produjo un escalofrío.

—Soy Hertha Brandt —saludó ella, rígida, brazo en alto, la mano extendida—. Él es Ludwig, mi sobrino. Ludwig, de las Nuevas Juventudes del *Reich*.

—Es un placer —dije, estudiando a ambos pensativamente—. Hola, Ludwig, muchacho.

—*Heil Hiiler*! —gritó él, con voz dura, sorprendente, cuadrándose militarmente y extendiendo su brazo en el saludo nazi —. Espero que seamos buenos camaradas, *herr* Chase.

—Yo… yo también lo espero —miré de nuevo a tía y sobrino. Ella era una típica hembra germana. Sus macizas líneas producían la impresión de estar talladas en sólida piedra. En un trabajo de carga y descarga, hubiera sido sensacional. Como compañera de viaje a Inglaterra, en un avión privado, a nombre de una presunta entidad comercial sudamericana, no era de mi gusto. Nunca me gustaron las mujeres capaces de triturarme con un golpe… o con un abrazo.

En cuanto al extraño muchacho, me preguntaba qué papel representaría en todo aquello. Posiblemente, fuese para disimular, ante las autoridades británicas. Podía tener diez u once años, no más. No era alto, pero sí fuerte y rechoncho. Lo más peculiar era su cabeza grande, maciza, puramente teutónica, de pelo de un rubio casi blanco, rapado a la usanza nazi. No me parecía la clase de niño capaz de despistar en ninguna parte. Incluso llevaba camisa negra.

Sólo le faltaba el brazalete con la esvástica, para que la estampa fuese la que correspondería a cualquier niño fanatizado, allá en los tiempos de la II Guerra Mundial.

El avión, un vuelo *charter* Río-Londres, contratado por una hipotética Acmé Comercial Sudamericana, esperaba en el Aeropuerto Santos Dumond de la que, en otros tiempos, fuera capital carioca. Yo viajaría esta vez con otro pasaporte, falsificado en el propio Río, por la célula nazi de Joao Azevedo. Mi nombre sería, en este caso, el de Howard Lambert, ciudadano canadiense, natural de Ottawa. Mi caracterización, según informes y fotografías adjuntas, debía ser muy distinta a la anterior. Teñiría mis cabellos de rojo intenso, llevaría lentillas verde-azules, y una de mis piernas sería enfundada en una escayola, fácil de quitar a mi voluntad, teniendo que llevar, por tanto, un bastón para mi fingida cojera. Ropas especiales y artificios de goma en mis mejillas y nariz, me darían otro aspecto físico. Con ello esperaban burlar al Servicio de Inteligencia británico. Y quizá lo lograsen. El pasaporte era una falsificación perfecta. Todos los demás detalles resultarían también convincentes. Es más: la organización tenía ya arrendada una casita en las afueras de Londres, a nombre de Howard Lambert, jefe de ventas de una entidad comercial sudamericana. Yo iba a representar ese papel ahora.

—Les deseo suerte —dijo Azevedo, en el aeropuerto, al despedirnos—. Buen viaje, y mejor éxito en Inglaterra, señor Chase. Allí recibirá la visita de alguien, y sabrá lo que tiene que hacer. No tendrá que esperar mucho. El asunto es urgente. Tenemos que impedir que los espías ingleses se anticipen a nuestras acciones. No tardará en saber cuál es su misión. Y le aseguro, Chase, que será importante. Muy importante. Para usted, para Inglaterra, para una nueva aurora del nacionalsocialismo, y quizá, para el futuro mismo del mundo entero…

—Me halaga pensar en tal posibilidad —sonreí, estrechando su mano, y respondiendo luego a su brusco saludo brazo en alto—. Hasta pronto, *herr* Azevedo.

—Hasta muy pronto —sonrió él, con un destello triunfal en sus ojos.

Subimos al avión. La rubia y atlética Hertha Brandt, su sobrinito Ludwig, y yo. Un par de hombres, en la cabina, se encargarían de

conducir el avión *charter* hasta Inglaterra. A bordo, evidentemente, toda la documentación estaba en regla, para engañar a las autoridades británicas.

Lo peor es que yo no podía informar a mi gente de nada. El maldito botón seguía allí, en mi solapa, como una latente amenaza muda, como un oído abierto y agudo, capaz de captar cualquier cosa sospechosa que yo hubiera intentado. Me era imposible comunicar con Londres o con la propia Iris Creóle, cuyo paradero en Río, en estos momentos, era para mí un misterio total, absoluto.

En suma, estaba reducido a mis propias posibilidades, más bien limitadas, dadas las circunstancias. Porque aunque muy pronto iba a estar de nuevo sobre suelo británico, yo me preguntaba, realmente preocupado, si ello serviría de algo. Si me sería posible despegarme de la telaraña en que me encontraba envuelto…

—¿Preocupado, *herr* Chase?

Me sobresaltó ligeramente. Alcé la cabeza. Miré a la hembra, morena de cabello y pálida de piel, de facciones inconfundiblemente germanas. Sacudí la cabeza de un lado a otro, ambiguamente.

—Las vísperas de acontecimientos importantes preocupan siempre, *fraulein* Brandt —dije.

—Soy *frau* Brandt —dijo ella, rectificándome sin sonreír—. Estoy casada.

—Oh… Lo ignoraba —la estudié, pensativo—. ¿Casada en Brasil?

—Ja —afirmó—. Pero mi esposo es alemán. Dado por muerto por los Servicios de Inteligencia británicos, *herr* Chase. Vive, sin embargo.

—Lo celebro —miré, por la ventanilla, al mar que desfilaba a nuestros pies, salpicando el aire de nubecillas algodonosas. Llevábamos ya varias horas de viaje silencioso y casi taciturno. La dama había estado largo rato en la cabina de los pilotos o en la cámara de cola del avión. Era éste un modelo algo anticuado, un bireactor de una compañía privada sudamericana. Pero no era brasileño ni argentino de matrícula, sino boliviano. Tal vez para desorientar a nuestros servicios de Inteligencia. Su vuelo figuraba como procedente de La Paz, con escala técnica en Río. Todo muy bien cuidado y medido. No se les iba detalle.

Un avión boliviano, en Heathrow, no despertaría sospecha alguna. Y menos, teniendo en regla todos los permisos de vuelo, y siendo el contratante del vuelo una empresa comercial sudamericana, debidamente registrada, sin duda alguna, para no provocar sospechas.

—Ya estamos cerca de Europa —dije, pensativo—. El viaje pronto tocará a su fin, *frau* Brandt.

—No tiene que decírmelo —sonrió duramente—. Conozco bien el trayecto. Sé lo que tardaremos en cubrir la distancia. No es la primera vez que piso Inglaterra. Aunque en esta ocasión, será todo tan diferente…

—¿Será cierto que todo va a cambiar en el mundo, si sale bien nuestra misión? —Traté de sonsacarla.

—Usted mismo lo comprobará —se mantuvo hermética, mirándome con frialdad—. ¿No tiene fe en la causa, *herr* Chase?

—Claro. Pero también la tuve otras veces. Y siempre se fracasó en todos los intentos…

—Esta vez no se fracasará. Estoy segura.

Se mantuvo en silencio un corto espacio de tiempo. Luego, la cabina delantera se abrió. Reapareció el niño extraño, casi monstruoso, de puro frío y precoz como me parecía. Con una rara ternura, besó a *frau* Brandt. En los labios. Y no me pareció un beso de sobrino a tía, de simple parentesco. Parecía haber algo más oscuro e inquietante en aquella relación entre ellos. Casi me dio escalofríos descubrir, de repente, la maligna mirada del niño, fija en mí, mientras apoyaba su cabeza rubia, pajiza, sobre el seno de Hertha Brandt.

—Usted no es Clifford Chase —dijo, de repente—. Usted es Desmond Serling, del Servicio de Inteligencia británico.

Y vi en su mano infantil, singularmente achatada y de fuertes dedos, un arma de fuego, provista de silenciador, apuntándome a la cabeza.

CAPÍTULO IV

La carcajada fue larga y fría como una serpentina helada, agitándose en el aire cerrado del avión. Afuera, rugían los reactores. Una rara malevolencia se asomaba a los ojos de *frau* Brandt. Su cuerpo de atleta germánica, se irguió, poderoso.

—¡Cerdo! —Me escupió al rostro—. ¡Traidor asqueroso!

—¿Qué están diciendo? —Traté de contemporizar; mientras pensaba, angustiado, cómo pudo el monstruoso niño averiguar la verdad escueta sobre mi persona—. No entiendo nada de cuánto dicen…

—Lo entiende muy bien —silabeó el niño nazi, estudiándome con malignidad casi infrahumana—. Su juego era astuto. Pero no somos tontos, Serling. Ha sido descubierto. Está en nuestro poder. Eso desarticulará definitivamente los sistemas de seguridad ingleses.

—Sí. Y no llegará nunca vivo a su país —sonrió glacialmente la alemana, puesta en pie—. ¿Sabe cuál es mi trabajo, sucio inglés? ¡Ejecutar! Sí… Matar seres humanos. Es mi oficio. Soy ejecutora oficial de la Organización. La Ejecutora, ¿entiende?

Claro que lo entendía, maldita sea. Y eso era lo peor. Miré sus manos demoledoras, macizas y fuertes como hojas de metal. Me trituraría entre ellas. Y el niño siniestro no me dejaba actuar. Su modo de empuñar el arma era firme y seguro como el de un adulto.

—¿Va a hacer caso a ese asqueroso enano deforme? —rugí, señalando a Ludwig—. ¡Su sobrino está rematadamente loco! ¡Y es sólo un niño obstinado y cretino!

—No, no lo es, Serling —me replicó ella con voz acerada—. Es… es mi esposo.

—¿Qué? —aullé—. ¿Un esposo de diez años mal contados? ¿Están todos locos aquí?

—Hubo un error. Un fallo de sobredosis en el Manantial de Juventud… Mi esposo… quedó convertido en niño por un mal

tratamiento celular y biológico de su cuerpo, a través de los métodos del doctor Dietrich. Él… él era mucho mayor que yo. Decidió recurrir al mismo procedimiento que va a devolvernos a nuestro amado *Führer* tal y como era poco antes del fin de la II Guerra Mundial… Pero en Ludwig fracasó el tratamiento por exceso… y ahora debo llevar a mi esposo como si fuese un niño… ¿Se da cuenta, Serling? Su inteligencia es la de un adulto. Su astucia, también. Sólo su físico es el de un niño… Pero es mi esposo. Y confío en él. Ludwig Brandt fue un hombre importante dentro del Tercer *Reich*, pese a su juventud. Ahora puede volver a serlo, pese al error del doctor Dietrich.

—Dios mío… —Soplé, mirándoles aturdido—. De modo que es cierto… El Manantial de Juventud… y el tratamiento milagroso que devuelve al ser humano la perdida juventud… Es así como va a volver el *Führer*…

—Exacto —el gesto de la ejecutora se endureció—. Ahora, Serling… debe morir. Es el destino de los espías enemigos. Especialmente, de uno tan peligroso como usted…

Y su corpachón enorme, macizo, se proyectó sobre mí. El filo de su mano, ancha y dura, vino hacia mí, con ánimo de quebrarme la garganta con un golpe mortal.

Si me resistía, dispararía el monstruoso niño-adulto… y el final sería el mismo: mi muerte a bordo del avión en vuelo.

Mis dudas duraron solamente un segundo. Luego, resolví luchar. Y morir luchando.

Salté de mi asiento. Me precipité sobre la ejecutora.

Paré su golpe de karate con un movimiento defensivo de mi brazo, que bloqueó su ataque, y al mismo tiempo disparé mi zurda contra su rostro, y mi pierna contra su hígado.

Pudo bloquear el primer golpe, pero no el segundo. Resopló, dando un paso atrás, y jadeando al respirar. Yo salté también atrás, a la espera de un nuevo ataque. Entonces, el monstruoso Ludwig disparó su arma de fuego contra mí.

Tuve que saltar de bruces sobre un asiento del avión, para eludir el balazo. Este incrustóse en uno de los asientos, a mi espalda, por fortuna para todos. Sí agujereaba el fuselaje, podía provocar una alteración en la presión interior del aparato, que nos enviaría directamente al infierno, a todos juntos. Sentí el estampido ahogado

por el silenciador, como un taponazo dentro del vehículo aéreo. Luego, supe que dispararía de nuevo. Al mismo tiempo, la Ejecutora venía hacia mí. Busqué la hebilla de mi cinturón, así como mi pistola, oculta en la pernera de mi pantalón, sujeta por un dispositivo especial.

Alta, felina, elástica, oscura y flexible como una pantera, fiera y salvaje, indómita y audaz como jamás había visto a nadie anteriormente, y menos, siendo mujer.

Iris Creóle, la muchacha de Trinidad. La Agente
BK-099,
para servicios de Máxima Eficiencia.

No supe de dónde surgía. Sólo supe que, como un milagro vital, estaba allí. Y que luchaba como un auténtico animal de la jungla, cayendo como un torbellino sobre la Ejecutora, a quien abatió con un fulminante golpe de karate en su nuca. Cuando la vi caer, supe positivamente que la Ejecutora estaba muerta. El golpe era mortal, de necesidad.

El niño-hombre Ludwig Brandt, se revolvió, con un chillido violento, desorbitados por la ira sus ojos claros, y desvió el arma de mí, para apuntar a Iris. Vi temblar el dedo en el gatillo, en tanto ella se revolvía contra él, intentando defenderse.

Disparé mi propia arma. Le alcancé en pleno cráneo. Rodó por el pasillo del reactor, y en ese momento no supe si había matado a un hombre o a un niño… O al producto monstruoso de una ciencia nueva y peligrosa…

—¡Iris, Dios te bendiga! —mascullé—. ¿Eres mi ángel guardián?

—Tu negro ángel guardián —rió ella, de buen humor. Respiró hondo, tras el esfuerzo. Miró a la mujer caída a sus pies—. ¡Uf, qué fulana! Parecía un gladiador…

—Era la Ejecutora. Una asesina profesional, al servicio de los nazis —dije con tono grave. Luego, miré mi botón en la solapa. El micrófono en contacto con los jefes de Río. Si seguía abierta la comunicación, ya debían saber lo que ocurría a bordo de su avión, con destino a Londres—. Me pregunto, Iris, cómo supieron ellos que yo soy… Desmond Serling, del Servicio Secreto…

—Dejemos eso, ahora. Ellos ya no podrán decírnoslo. Están muertos.

—Iris… ¿de dónde has salido? —me sorprendí—. ¿Cómo llegaste

a bordo?

—Recuerda que soy una agente muy especial —rió ella—. Debo estar al tanto de muchas cosas y tener la máxima eficacia… Ahora, nos falta reducir a los dos pilotos… Estoy segura de que ellos también saben lo que sabía ese niño, enano o lo que fuese… Y ellos vendrán, tarde o temprano, a ver cómo andan aquí las cosas… Imagino que sabrás conducir un avión, Desmond.

—Claro. Puedo conducirlo hasta Heathrow, y tomar tierra sin problemas —asentí.

—Menos mal —sonrió—. Yo también puedo hacerlo. Pero prefiero que lo hagas tú.

Iris era, ciertamente, una mujer increíble. Me acerqué a ella. No pude evitar besarla. E iba a rodearla con mis brazos, al sentir la proximidad de su carne palpitante, cuando tuve que dejarlo para mejor ocasión.

La puerta de la cabina delantera se había abierto. El copiloto, con un revólver en la mano, aparecía ya en ella, tratando de averiguar cómo iba todo en el avión.

Disparé rápidamente, desarmándole. Los estampidos eran sordos taponazos. Y procuraba tirar a dar, sin correr el riesgo de producir boquetes en el fuselaje. Cuando trató de girar, para correr a reunirse con su compañero, en la cabina de mando, Iris entró en acción.

Su cuerpo felino cayó sobre él. Le pegó un seco golpe en la sien. No era mortal, pero el hombre cayó como un fardo, totalmente inconsciente. Yo corrí a la cabina. Puse mi arma contra la sien del piloto, que intentaba dejar el piloto automático, al oír ruido de lucha, para ayudar a su segundo.

—Ni un movimiento —dije fríamente—. Siga volando hacia Londres. Todo igual. Informe regularmente. Si recibe mensajes de Río, transmita que todo sigue sin novedad a bordo, ¿ha entendido?

Me miró, ceñudo, muy pálido. Era uno de los nazis del grupo. Pero sabía que su vida estaba en juego. Aun así, protestó:

—No les servirá de nada. Su emisor estará recogiendo cuánto sucede a bordo… Ellos sabrán, a estas horas, lo que ocurre aquí.

—No esté tan seguro —cortó Iris fríamente—. Desmond, informé de la existencia de tu micrófono al Servicio de Inteligencia. Ellos trabajaron en eso, captando su frecuencia de emisión, e introduciendo interferencias fuertes en esa banda. Ahora, sólo

deben escuchar ruidos y zumbidos sin sentido, desde que este avión despegó. Por tanto, no pueden saber absolutamente nada de lo que a bordo ocurra.

El piloto parecía desalentado. Nos miró con odio, pero manteniendo el vuelo sin incidencias. Me incliné hacia él, presionando el arma, e hice una pregunta tajante:

—¿De dónde obtuvo el informe sobre mí ese niño monstruoso, Ludwig Brandt? ¿Quién transmitió los datos?

—Vino directamente de las alturas —replicó fríamente el piloto —. No puede hacer nada por recuperar la confianza de nuestro grupo. Lo sabe el propio jefe supremo.

—¿Quién?

—Nuestro *Führer* —dijo orgullosamente, mirándonos con desafío —. Él lo sabe… y él está en Londres ya. No pueden engañarle. Reactivará el arma letal. ¡Inglaterra perecerá, como es su deseo!

Y, de repente, se puso más lívido aún, apretó los labios, mientras algo crujía en su boca… Intenté hacer algo, evitar lo que imaginaba. No fue posible. Un momento después, estaba muerto. Se había envenenado. Un final digno de un nazi.

—Bien —murmuré, volviéndome a Iris—. Parece que tendré que ocuparme de este avión, después de todo Tú, mientras tanto… asegura a ese copiloto inconsciente. Cuando menos, podemos llevar a uno vivo con nosotros…

—Sí, es lo menos que precisamos —sonrió ella, asintiendo—. Tengo aquí una dosis de «suero de la verdad», perfeccionado por nuestros laboratorios. Espero que, del interrogatorio de ese hombre, antes de llegar a Londres, saquemos, cuando menos, la posibilidad de localizar a… a Hitler y a su alto staff personal. No hay duda de que ellos están esperando ya la gran ocasión.

—Seguro —afirmé—. Y yo… yo era la persona encargada, sin duda, de establecer contacto personal con él, para activar ese arma bacteriológica que aniquilaría la vida en Inglaterra, comenzando por asolar y destruir la vida en Londres…

El aterrizaje en Heathrow fue suave, casi apacible.

Sin embargo, a partir de aquel momento, nada podía ser realmente suave ni apacible. Lo cierto es que era el principio del apoteosis final, y eso yo lo sabía muy bien.

Cualquier cosa podía suceder, a partir de ahora. Hitler —si

realmente existía—, sabía de mi identidad real.

Él y su *staff* más directo, sus colaboradores personales, habían informado al niño-monstruo Ludwig Brandt, de la verdad sobre Clifford Chase-Desmond Serling. Estaban en Londres. Esperando a un hombre en quien confiaban, pero que ahora sabían que era agente enemigo, haciendo un doble juego. No sabíamos aún cómo era posible que hubieran descubierto la verdad. Pero lo cierto es que la descubrieron, y eso bastaba.

La idea de Iris Creóle, de anular las transmisiones de mi diminuto micrófono, podía ser realmente buena. Si en Río no sabían nada, eso podía ayudamos en algo, al pisar suelo británico. Pero había que recordar algo decisivo: el nuevo *Führer* sabía quién era yo. Y eso sí que tenía importancia. Si el auténtico y redivivo Hitler había vuelto a Inglaterra, era por algo: el arma letal esperaba su turno. Y él quizá era el único en saber su emplazamiento.

En ese caso, todo podía perderse. Absolutamente todo. Nadie impediría que Hitler accionara el sistema de reacción del ingenio creado por Rudolph von Keizel.

Apenas llegamos al aeropuerto británico, las ambulancias se aproximaron a la pista de aterrizaje. Habíamos transmitido un mensaje de emergencia. Teníamos personas heridas a bordo. Era la versión oficial. Iris había comunicado con *sir* Hugh en persona. Sabían lo sucedido. Las ambulancias se llevaron a todos: a Hertha, a Ludwig, a los dos pilotos, el muerto y el prisionero.

Nosotros nos quedamos dentro del avión. Iris no se dejaría ver. Era lo convenido. Yo, sí. Abandoné el avión, con total serenidad. Vi las ambulancias alejándose. En mi mente, bailaban frases sueltas del hombre interrogado por medio de dosis de pentothal sódico y una nueva mezcla química que daba mayor eficacia al «suero de la verdad». El tipo había hablado. Todo cuanto sabía.

Hitler era una realidad. Estaba ya en Londres. Con su segundo, su única persona de confianza absoluta. Alguien que nadie sabía realmente quién era. Un lugarteniente inteligente y astuto como pocos, eso sí. Se suponía —siempre según el interrogado piloto—, que ese lugarteniente fuese Luther von Stroel, un hombre importante del Tercer Reich.

Sólo que, según mis informes personales, Luther von Stroel tendría ahora ochenta años o poco menos. Pero claro, yo había visto

a Ludwig Brandt, el monstruo-niño-adulto. Si eso era un producto del Manantial de Juventud del doctor Dietrich; cualquier cosa era posible. Incluso que Hitler viviese.

Sabía que Luther von Stroel fue hombre de íntima amistad de Hitler, en los buenos tiempos de la Alemania nazi. Incluso se decía que llegó a poner a salvo a un hipotético hijo, y encargarse de su tutela. Pero eso no estaba comprobado, como tantas otras cosas de aquel oscuro imperio dictatorial, a la sombra siniestra de la esvástica.

Crucé la pista de aterrizaje, con paso firme. Era el pelirrojo señor Lambert, canadiense, comerciante y aparentemente aturdido por un accidente inesperado a bordo, que había causado heridas graves a todos mis compañeros de vuelo, viéndome obligado yo a tomar tierra, en plan de emergencia. Ésa era la versión oficial en Heathrow. Agentes del Gobierno, debidamente disimulados, la corroboraban a estas horas, ante los funcionarios del Aire de Gran Bretaña.

Fue al salir del aeropuerto cuando el automóvil se detuvo junto a mí. Miré al hombre sentado al volante, temiendo lo peor: un arma, una amenaza. No hubo nada de eso. Sólo una fría mueca en un rostro afilado, pálido, bajo los lacios cabellos rubios.

—Suba, señor Chase —dijo secamente—. Había empezado a impacientarme. Y me asustaron esas ambulancias, la verdad…

Le miré. Parecía venir ahora justamente del planeta Marte. Podía ser una realidad o una maldita ficción. Pero yo tenía que arriesgarme. No había ya otro remedio ahora, a estas alturas.

Subí. Arrancó con rapidez. Nos alejamos del aeropuerto, hacia la capital. El tipo aceleró. Mirándome por el retrovisor, se presentó con voz seca. Tenía acento germano:

—Me llamo Walters —dijo—. Es un placer, señor Chase.

—Igual digo, Walters —estudié su angulosa cara inexpresiva—. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Bien. Todo bien. Lo malo es que hubiera problemas a bordo. ¿Qué fue? ¿Un accidente?

—Algo así. Casi chocamos con un avión militar, casualmente. Sufrimos daños a bordo. Y todos están heridos. Pero estarán bien mañana. Cuando menos, Hertha Brandt y el piloto. Son los que están mejor —me pasmó lo bien que mentía.

—Bueno, eso supongo que no debe demorar las cosas. Mis órdenes son estrictas. Y debo cumplirlas, sin pérdida de tiempo.

—Ya —asentí—. ¿Qué órdenes son ésas?

Me miró por el espejo retrovisor. Se permitió reír, con cierta malevolencia. Luego, dijo irónicamente, torciendo el gesto:

—Bueno, creí que ya lo sabría, señor Chase. Vamos a verle a él.

—¿A… él?

—Claro —rió—. A *mein Führer*… ¡A Adolf Hitler en persona!

CAPÍTULO V

Adolf Hitler. En persona.

Y el automóvil atravesaba ahora Piccadilly, se metía hacia Soho, buscaba calles poco frecuentadas, demostrando el conductor, en su rapidez de maniobra, que le era perfectamente conocido aquel terreno.

Sí. Íbamos al mismo centro del misterio. Quizá al cubil de la fiera. Al nido de la araña. Hitler sabía quién era yo. Pero aquel hombre, Walters, no sabía nada. Se limitaba a cumplir instrucciones. Me llevaba al centro mismo del enigma, sin saberlo. Cuando lo supiera, se suicidaría. O le matarían, eso importaba poco. Pero lo malo es que ahora una vez más, mi vida estaba en manos de ellos. Y no podía confiar siempre en Iris o en el Servicio Secreto a mis espaldas. Ahora, todo dependía de mí. Casi todo, cuando menos.

Finalmente, el coche se detuvo frente a un edificio. Enarqué las cejas. Era un lugar inesperado: a espaldas del Támesis, en el Embankment, cerca de Blackfriars… Un edificio oscuro y gris, macizo y feo, se alargaba ante nosotros, con dispersas luces difuminadas en el atardecer londinense.

Leí algo en un muro salpicado de manchas de humedad:

CHEMICAL INDUSTRIES OF LONDON.
FACTORY NUMBER 3

—¿Es ahí? —pregunté.

—Es ahí, sí —asintió él, riendo—. Nadie lo imaginaria, ¿verdad?

—No, supongo que no… —Sacudí la cabeza—. Londres tiene muchos escondrijos. Éste es uno de ellos. Uno más… Y dicen que el río es siempre una buena salida, para casos de emergencia…

—¿Emergencia? —rió mi chófer—. No la habrá esta vez, señor. Nuestro *Führer* es grande. El mejor. Él sabrá lo que tiene que hacer. Mejor que nadie. Y triunfará. Triunfará por encima de todos, esté seguro…

—Sí, Walters —suspiré—. Quiero estar seguro de muchas cosas. Te lo prometo…

El coche rodeó el edificio gris y hosco, hasta dar con una especie de pasaje sombrío, entre dos altos muros. Se metió por él, reduciendo la velocidad, hasta detenerse delante de unos escalones que conducían a una amplia puerta de cierre metálico.

—Hemos llegado, *herr* Chase —dijo Walters—. Espero que nuestro *Führer* le dé la bienvenida…

Yo también lo esperaba. Pero no la clase de «bienvenida» que él suponía. Si, como dijera el piloto del reactor de Río a Londres, fue el propio Hitler quien transmitió la información sobre mi verdadera identidad, eso me dejaba muy escasas oportunidades, frente al supuesto *Führer* del Nuevo Reich.

Y, sin embargo, tenía que entrar allí. En aquel edificio. Era inevitable. Mi misión había ido, desde un principio, encaminada a ello. Ésta era mi meta inicial. Ahora que la tenía ante mí, no podía renunciar. Y no renunciaría.

Salimos del coche. Miré a mis espaldas. La verja que cerraba el acceso al pasaje privado, se estaba cerrando. Sola, sin que nadie la accionara visiblemente. Sistemas electrónicos. Era mala cosa. Una trampa cerrándose. Un cepo. Una ratonera. Eso era, sin duda, aquel punto mío de destino.

Subimos los escalones. Cuando menos, llevaba mis armas: mi cinturón, con la hebilla de púa venenosa, mi pistola en la pierna… Eso me daba cierta seguridad. Si era preciso, destruiría, aniquilaría al encargado de reactivar el arma letal nazi, aunque fuese el mismísimo Adolf Hitler, vuelto a la vida. Luego, morir no significaba mucho. Así eran las cosas en nuestro oficio. La muerte era, a veces, una compañera demasiado fiel para un espía.

Electrónicamente también, se alzó el cierre metálico en silencio. El acceso estaba ya abierto. Miré a Walters, que sonreía afablemente. Me señaló al oscuro interior.

—Por favor, *herr* Chase… —invitó—. Nosotros, los leales, nada tenemos que temer…

No supe qué decirle. Por eso no le dije nada. Le precedí hacia la oscuridad interior. En alguna parte, brilló de súbito una luz rojiza, fantasmal. Vi la cara de Walters como un manchón escarlata en la sombra. Imaginé que mi aspecto no sería mucho mejor.

Seguí andando hacia el interior, oscuro como un mar de tinta. A mis espaldas, con un suave, pero siniestro zumbido, el cierre metálico comenzó a cerrarse…

Era como sentirse atrapado. Pero me contuve. Aún tenía conmigo armas dispuestas para defender mi vida. Esperaba que me fuesen útiles, si todo se ponía mal.

Y vaya si se puso mal. Inmediatamente después, apenas bajó el cierre metálico, las sombras parecieron estallar en pedazos, cegándome el repentino resplandor que inundaba todo de luz.

A mi lado, Walters habló con voz glacial, mientras sentía contra mí la presión de algo metálico, sin duda amenazador:

—Sí, *herr* Chase… ¿O prefiere que le llame *herr* Serling?… No intente nada. Ni un movimiento. Yo no estoy solo aquí. Simplemente… soy el encargado de traerle a presencia de la persona que está usted buscando. Sí… la persona que va a destruirles a todos ustedes… Y JUSTAMENTE DENTRO DE UNA HORA. ¡Adolf Hitler en persona! Ahí está… Nuestro invicto *Führer* del pasado… ¡y del futuro!

Lograba ver ya a través de la luminosidad cegadora que estallara poco antes, rompiendo las tinieblas. Walters, ciertamente, no estaba solo. Me apuntaba con un arma. Un arma a punto de disparar. Lo peor no era eso.

Lo peor era que había otros siete u ocho hombres con gabardinas de piel, con cinturón anudado, con sombrero, con gafas oscuras sobre sus ojos. Típicos ejemplos de la vieja y olvidada Gestapo. Rodeándonos en un perfecto semicírculo. Más allá, veía oscilar unas luces en un tablero electrónico, señalando ciertos puntos de un cuerpo humano, a escala gigante, sobre un panel: cintura, pierna, axila…

Eran los puntos exactos donde yo llevaba un arma. Ante mí, un ojo electrónico, zumbaba, desde un punto estratégico, apuntando hacía mi persona. Lo demás era fácil de imaginar: control de objetos metálicos o armamento. Un detector perfecto. Señalaba los lugares de mi anatomía donde había algo efectivo y eficaz. Eso,

prácticamente, dejaba a mi persona desnuda e inerme.

Y allá, al fondo de la vasta nave que las radiantes luces situadas en muros y techos dejaba ver ahora, como en un resplandeciente espectáculo, muy al estilo grandilocuente de los nazis de otras épocas, una especie de gran estrado de cemento, con dos personas frente a mí.

Dos personas en sendos asientos, como auténticos monarcas sin corona. Como dictadores de una nueva era tenebrosa y siniestra del poder nazi…

Un hombre. Y una mujer.

El hombre, por supuesto, era inconfundible, con su uniforme color pardo, su brazalete con la esvástica, su mechón oscuro, su bigotito famoso, sus ojos ardientes, su gorra de plato, sus distintivos, desde la Cruz de Hierro a los emblemas de *Führer*…

Era él.

Aunque no pudiera creerlo, aunque fuese sólo la confirmación de un aparente hecho imposible… era él.

Adolf Hitler en persona.

Ella… ella era rubia, germana, hermosa y vital. Yo la conocía. Había llegado a imaginar que los nazis la creían muerta.

Nada más verla, supe la causa de muchas cosas. De muchos secretos descubiertos. De muchos acontecimientos inexplicados.

Ella era mi víctima del delfinario en Río de Janeiro. Era Kristina Berger.

Y parecía ser la compañera ideal del *Führer*.

EPÍLOGO

Sí, es evidente…

La más extraña misión del mundo, va a terminar mal. Muy mal. Éste es el fin. Debí imaginarlo, desde el principio. En este rápido tránsito de mis recuerdos, he llegado a la conclusión increíble de que he vivido una pesadilla absurda. Algo que, en modo alguno, podía terminar nunca bien.

Y no ha terminado bien. No era posible.

Desarmado, prisionero de Hitler y de su lugarteniente de máxima confianza, en su regreso al mundo, en el retorno del superhombre, la hermosa y falaz Kristina Berger… ¿qué me es dado hacer a mí, agente Desmond Serling, del Servicio de Inteligencia de Su Majestad?

Nada. Absolutamente nada, supongo.

Es la Hora Cero. Ha llegado, por desgracia. Ahora mismo, ante mis ojos, el propio Hitler va a reactivar esa maldita arma. El ingenio letal del profesor Van Keizel, el genio nazi de la Bacteriología. A su lado, Cristina Berger será, como siempre, su fiel aliada…

Kristina Berger… Resultaría gracioso, en otras circunstancias. Pero no ahora, para ser sinceros. No ahora, cuando Londres iba a ser aniquilado con una simple acción. Y eso sería solamente el principio de una posible reacción en cadena, de incalculables, acaso infinitas consecuencias.

Kristina nunca fue traidora al nuevo *Reich* clandestino, de las células nazis afincadas en Río, como inicialmente lo estuvieran en Suiza. Todo fue un truco increíble y complicado, que ahora conocía directamente por ella misma.

Azevedo Vogerstein, realmente, me puso un cebo. Yo lo tragué entero. Me ordenó matar a una supuesta traidora al nazismo, que no era tal. Ella era leal, totalmente leal a la causa, no sé si por morbosidad, pasión o para borrar la lejana traición paterna. Lo

cierto es que el propio Azevedo y sus agentes cambiaron mí «Luger» por otra idéntica, con balas narcóticas. Casualmente, yo había cambiado a mi vez de arma, para usar otra de parecidas características, ya que ellos sólo pretendían ponerme a prueba, y yo deseaba salvar a una supuesta agente británica.

Las consecuencias fueron iguales, pero la intervención de Iris Creóle y el Servicio de Inteligencia de Londres, alteraron las cosas. Kristina, inconsciente en las aguas del delfinario, fue entregada a un agente británico, para salvarla de todo peligro, ignorando que era una auténtica nazi de cuerpo entero. Pero al poner mis jefes un cadáver similar a ella, trastornaron las ideas de Azevedo, que no lograba entender lo que yo hice, ya que su idea era rescatar a Kristina ilesa. De ahí sus preguntas por otra arma, cuyo papel no lograban encajar en el *puzzle*. Yo había intervenido en sacar a Kristina del agua, pero no en poner otro cuerpo en su lugar, cosa que Iris quizá hizo para dar mayor verosimilitud a la farsa, sin comprender que así todo se iba a enredar mucho más, puesto que Kristina NUNCA fue una auténtica agente leal a Inglaterra, aunque también lo fingiera con nosotros.

Ahora, se revelaba cómo era. Ahora, yo sabía que el agente nuestro encargado de su cuidado y custodia había sido asesinado por ella. Y que Kristina era, ni más ni menos, que el misterioso lugarteniente de aquel mítico e increíble Adolf Hitler.

Todo eso pasaba ahora como una película por mi mente, en tanto el nuevo Hitler, joven y vigoroso como el que todos diéramos por muerto años atrás, se disponía a cumplir la misión suprema que le trajera a Inglaterra.

Y eso, ante mis ojos. Ante los ojos orgullosos de su fiel Kristina. Y ante los ojos de Walters y de sus restantes miembros de las nuevas SS, los fieles al nazismo redivivo…

La misión era fácil. Consistía en aplicar un objeto sobre las aguas del Támesis, en determinado lugar, justo al lado de los tanques de ácidos químicos de la planta de productos de las Chemical Industries of London, cerca de Blackfriars.

El objeto era una especie de flotante placa de metal, con unos regeneradores que, actuando sobre un mecanismo especial, dispuesto al efecto sobre un cuerpo sumergido hacía ya treinta años en el Támesis, por un agente de la Alemania hitleriana reactivarían

su acción, dispersando bacterias asesinas por la atmósfera inglesa, en un apocalipsis diabólico…

Ahora, yo sabía todo eso: el lugar, el emplazamiento exacto de la «XZ». Y la persona encargada de tal misión trascendente: el propio Hitler, joven y vital ante mí, con su orgullo y soberbia de siempre, como dominador del mundo, pese a todo…

Cerca de mí, Kristina Berger se limitó a susurrar:

—¿Lo ve, Serling? Es el gran momento… El instante supremo. Nuestro *Führer* va a iniciar su nueva era…

Hitler sonrió. Tras eso, arrojó el reactor al agua…

Pudo haber sido el fin de Londres. Y de Inglaterra. Y de un mundo libre y confiado, quizá.

Pero no llegó a nada de eso. Fue solamente el final de un inmenso fraude.

Porque las aguas del Támesis parecieron hervir de hombres-rana, situados bajo su superficie oscura y sombría. Sus armas amenazaron a los nazis. Cuando éstos pretendieron defenderse o huir, allá en la plataforma de la factoría química, las armas automáticas entraron en juego, barriendo a muchos de ellos, que cayeron malheridos al río.

Kristina gritó, aferrando a Hitler en su afán rabioso por alcanzar lo que volvía a estar lejos de ambos… Y él, con una reacción orgullosa, altiva y llena de rabia, se lanzó con Kristina a uno de los enormes depósitos de ácido…

Traté de evitarlo, puesto que ya Walters no me vigilaba, preocupado con su fallida fuga. No me fue posible. Vi hervir, diluirse, ser corroídos por el ácido, los cuerpos de ambos seres. Pensé que, definitivamente, y pese al Manantial de Juventud, Hitler era ya sólo una pesadilla olvidada, una vez más…

Lo demás, incluida la aparición de los hombres-rana armados, en pleno Támesis, no podía entenderlo. Y no lo entendí hasta que Iris Creóle me lo contó, en presencia de *sir* Hugh…

TRAS EL EPÍLOGO

—Sí, Desmond. Era imposible. No creíamos en el Manantial de Juventud. Ni siquiera con el caso del monstruoso Ludwig Brandt ante nosotros… Luego, averiguamos que el doctor Dietrich fracasó en su experiencia. Cierto, Brandt se convirtió en una mezcla atroz de niño y hombre… pero es que era UN ENANO, ya antes de someterse a ella. En cuanto a Hitler, al verdadero Hitler… nunca salió vivo del bunker de Berlín. Era su hijo escondido, un joven Adolf quién vivía, quien se sometió a la labor del doctor Dietrich… y un nuevo fracaso hizo de él un ser monstruoso, que se dio muerte, no sé si por causa de su propio orgullo mesiánico, heredado de su padre. A fin de cuentas, tuvieron que recurrir a un viejo actor que, debidamente rejuvenecido, pero no con métodos biológicos, sino maquillajes y trucos, a sus sesenta años… pudo representar a un Hitler de menos de cuarenta.

—¿Heinrich Stern? —pregunté, atónito.

—Eso es: Heinrich Stern, el actor desaparecido en Berlín… No había muerto. Él interpretó el papel del *Führer* hasta el fin. Engañó a todos, incluso a Kristina Berger, que siempre pensó ser la amante del propio Hitler redivivo… Pero el gran actor tuvo un gesto heroico final, digno del papel representado: su caída al ácido, fue todo un desenlace de epopeya.

—Pero… ¿cómo supisteis que el arma letal reposaba en el Támesis, que yo…?

—Fácil, mi querido Serling —terció, sonriente, *sir* Hugh—. Igual que ellos pusieron ese botón-emisor en su solapa, nosotros le aplicamos un emisor ultrasensible en su calzado, refractario a todo posible detector electrónico. Iris se ocupó de ello en Río, durante cierta noche…

Le miré, furioso. Ahora lo entendía. Siempre estuve seguido, vigilado, por otros agentes, como un auténtico cebo para el Servicio

de Inteligencia. Miré a Iris. Ella a mí.

Creo que nos entendimos con nuestras miradas. Ella asintió, como si supiera lo que quería decirle con mi silencio.

—Bien, *sir* Hugh… —Miré fríamente a mi jefe—. De modo que siempre he sido una especie de cobaya humano, un cebo, la liebre mecánica puesta ante los lebreles…

—Tenía que ser así —se disculpó él—. Pero nos era tan necesario…

—Lo siento. Acepte mi renuncia. Es irrevocable.

—¿Qué? —Me miró, atónito—. ¡Usted no puede hacer eso, Serling! ¡Es nuestro mejor agente!

—Pues ya no lo soy. En este Servicio se admite la renuncia, cuando uno va a casarse, ¿no es cierto?

—Sí, claro, pero… pero usted no va a casarse… Ni siquiera tiene novia, Serling… —balbució, perplejo, *sir* Hugh.

—Se equivoca —miré a Iris—. ¿Vas a casarte conmigo, cariño?

—¡Cielos, Desmond, es lo más hermoso que oí jamás en este cochino oficio! —clamó ella—. ¿Lo dices en serio o es sólo por despecho?

—Iris, te necesito a mi lado. Te quiero. Te exijo que vengas conmigo…

—Desmond, cuenta conmigo… para todo —suspiró ella, cayendo en mis brazos.

—¡Agente
BK-099!
—aulló *sir* Hugh, congestionado—. ¡Recuerde que es un Agente Especial de Máxima Eficiencia, y una boda significaría su fin como miembro de esta organización!

—Por eso, señor… —sonrió ella—. Por eso me caso. Para renunciar a todo eso.

—Claro, *sir* Hugh —reí, llevándomela hacia la salida—. Ella es… Máxima Eficiencia. En todo, señor, en todo…

Y reíamos aún, camino de la salida, mientras *sir* Hugh se exasperaba, allá atrás, al comprender que, definitivamente, nos había perdido a ambos.

Es lo más hermoso que pudo sucedemos a Iris y a mí. Sí. Siempre nos acordaremos ambos de «la más extraña misión jamás realizada».

Siempre…
Fue la más extraña. Y la de más hermoso final.
Y, por supuesto, la última.

FIN

NOTAS

[1] Alusión a una publicación nazi, muy popular en su época, editada en varios idiomas, con propaganda del Régimen. La UFA, por otro lado, era la productora de los mejores y más famosos filmes del cine alemán de la guerra y la anteguerra. (N. del A.). <<

[2] Las películas To be or not to be, de Ernst Lubistch, y El Dictador, de Charles Chaplin. <<

[3] ¡Alemania sobre todos! <<